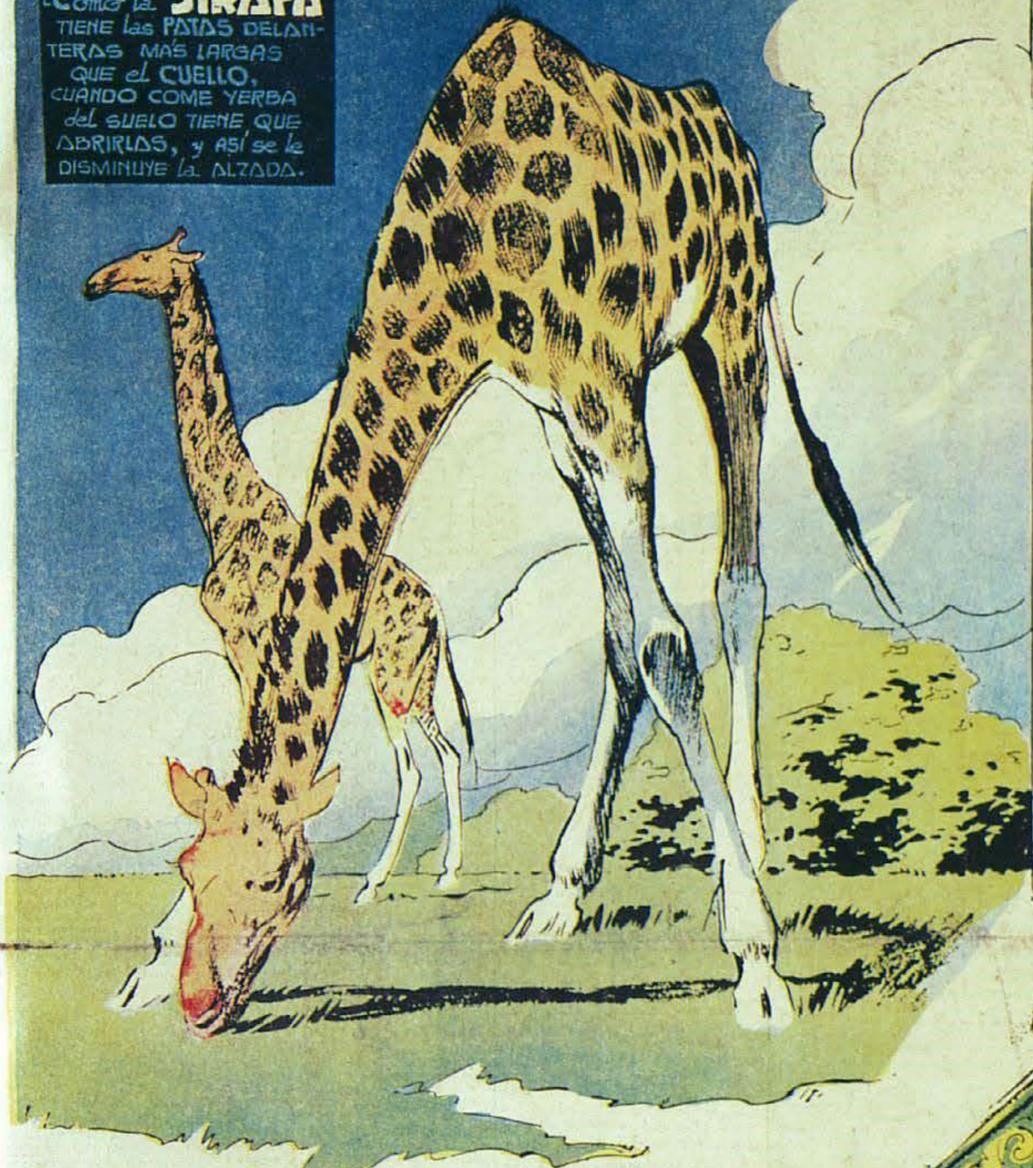


## VISTO Y OIDO ★ No Almuerza Sin Abrir las Patas ★ por PREMIANI

Como la **JIRAFÁ**  
TIENE las PATAS DELAN-  
TERAS MAS LARGAS  
QUE el CUELLO,  
CUANDO COME yerba  
del SUELO TIENE QUE  
ABRIRLAS, y así se le  
DISMINUYE la ALTURA.



La CÉLEBRE  
DAILARINO  
**MATA HARI**  
se CASÓ a  
los 15 AÑOS  
DESPUÉS de  
HABER PEDIDO  
SU FAMILIA,  
por  
AVISOS  
PERIODÍSTICOS,  
del  
MARIDO.



20.000 SOLDADOS MERCENARIOS  
SUIZOS SALVARON la **SANTA**  
SEDE del ENEMIGO. El PAPA  
**JULIO II** COMO RECOMPENSA  
CONSTITUYO con los SOBREVIVIENTES el  
EJERCITO PAPAL QUE LLEGO HASTA  
ROSAYROS con el NOMBRE de  
**GUARDIA SUIZA.**



Las EXPOSICIONES ARTISTICAS  
PERIODICAS FUERON INICIADAS por  
**LUIS XIV** en 1663.

En el CANTÓN SUIZO de **APPENZEL**  
SE CONMEMORA TODOS los AÑOS con  
una **MASCARADA** en QUE se VEN  
DISFRACES COMO ESTE, la TERMINACION  
del DESPOTISMO AUSTRIACO sobre la NACION.



# LA MADRE REPETIDA EN LA HIJA

LOS últimos aplausos resonaban aún en la sala, cuando Tatiana Fedorova, la primera actriz del Imperial se dejó caer en una chaise-longue de su camarín. Ondulante el cuerpo bajo la leve seda, brillante los ojos por el éxtasis, arrebatadas las mejillas por el entusiasmo, se incorporó lentamente y cerró la puerta con llave.

Varios golpes se delataron oír: —¿Quién? —Un admirador. —Basta de admiradores hoy, estoy cansada, quiero estar sola. Pero, cómo quedar sola en la noche de estreno, cuando el público la reclamó cálidamente al final de cada acto? El autor, Boris Polteppovich, será inquieto, no tardaría en presentarse

un imprudente duelo con un cronista infame que, despechado, insinuó un escándalo como tema del día. Diez y ocho años antes. La misma Tatiana Fedorova, lozana y fresca, con la espontaneidad que da la ignorancia del mundo. Una noche de estreno. Aplausos, flores, obsequios. Hombres de frac, finos y enojados, que le besan la mano y allí en el fondo de su camarín un jovencito de ojos claros y mirar tierno que la saludaba desde lejos.

—¿Se aman mucho? Todo lo que se puede amar cuando se tiene el alma clara y limpia y el corazón apasionado e inocente; no se casaron sin embargo. Boris le exigió que optase por el teatro o por él. Nura nació

ello, mis admiradores se desencantaron de inmediato. Hay en todo hombre un afán por complicar aquello que no conoce, por eso me callo. Qué más da que me crean de una manera o de otra? Soy fiel a mí misma, con la ventaja en cierto modo de que nadie me conoce.

—Yo la conozco un poco, Tatiana, y sus ojos claros y serenos se fijaron en los de ella, dulcificados por una súbita ternura.

—Tal vez, Alejo, pero mi corazón está endurecido a fuerza de negarse. Quiero estar atenta a la vida de Nura, ella me necesita. Cautigando a su carne conformaba a su espíritu. Y mientras be-

LA historia de una gran actriz, de su fundamental soledad, de sus amores ostentosos e inútiles, de una desesperada resolución que toma al final

hombre de mundo, sano, sin rencores ni envidias, bien hablado y pulcro, pero una noche, al terminar la función, vino a buscarme. Todavía hoy me pregunto, ¡qué raro encanto tenían sus ojos aquel día? ¡Qué suavidades su voz, para que de pronto se hayan ablandado todas mis durezas, todos mis temores y desconfianzas?

—¿Me quieres, Tatiana? Me preguntó de pronto, deshaciéndose en un abrazo. Yo no lo quería todavía. Todo había sucedido tan rápidamente que mis sentimientos no habían tenido tiempo de cristalizarse.

—¿Me quieres?, insistía él. Yo callaba. Tomó mi si-

—Si. Basta decirle que la de ahora me inspira lástima. ¡Pero, por Dios!, que no lo sospeche siquiera mis admiradores. Para ellos debo continuar siendo la grande, la lejána, inaccesible y orgullosa Tatiana Fedorova.

Evidentemente, estaba vieja. Las confidencias y las quejas son un sintoma seguro.

—¿Por qué insiste usted que frecuento su casa si antes nunca me la ofreció?

—Para que vea a mi hija. Quiero que la civilice. Ella es un poco salvaje.

—¿Tanta fe me tiene, Tatiana? —Mucho más de la que usted supone.

—Si. Tengo razones muy sólidas para desistir. Le repito que me honra su distinción, pero no estoy segura de proceder con honestidad. ¿Y si yo me enamorara de ella?

—Me sentiría dichosa. —Pero, ¿es posible, Tatiana?



para besarle ceremoniosamente a punta de los dedos; luego, el empresario y sus compañeros le tareas y el cronista de "Noticias".

Cerró los ojos. ¿Quién pudiera quedarse dormida, y que en la buena la desviara suavemente!

—¿La señora se ha dormido? Era el sereno del teatro. —¿Qué horas son, Sergio? —Las dos, señora. Todo el mundo la cree fuera; en la confitería se han reunido los demás.

Prendió la luz; recién entonces notó dos cajas con tarjetas, varias canastas de flores. No las tocó siquiera. Se envolvió en su tapado de pieles y sin mirarse siquiera al espejo, apagó la luz.

En la acera, frente a su coche, un último grupo de curiosos la esperaban.

—¡Viva Tatiana Fedorova, nuestra querida Tatiana! Una leve sonrisa fue el agradecimiento. El frío cortante le hizo cerrar los párpados. —A casa, Ivan.

Y mientras se desliza por las calles húmedas, recordó con ironía que esta noche había sido el estreno de "Una Familia", una comedia dramática en la que pudo lucirse ampliamente en el papel de Xenia, una ex actriz, y un rictus amargo se insinuó bajo los crueles labios untados de rojo. Sus ojos tan negros, brillantes y soberbios de desdén y orgullo estaban apagados, húmedos bajo el negro de humo y los profundas ojeras le demarcaraban las mejillas.

—Buenas noches, Katia. ¿Cómo sigue la niña? —Con un poco de fiebre, señora. No hace más que preguntarle por su linda mamá. Y con su vieja esclava servil y humilde, se sentó con orgullo. Casi las tres y aún estaba en pie, esperando a su ama.

—Vete Katia, me servirá el té sola, después ire a conversar con Nura.

—¿Y no trajó las flores hoy? —No, eran muchas, mañana irán a traérlas. —¿Y está contenta la señora, mucha gente, muchos obsequios? —Sí, Katia, sí, pero mañana te cuento, vete a dormir y me llamas a la una. Duermes bien, y hasta mañana, Katia.

Recién ahora estaba sola. Letras de los codiciosos ojos masculinos que la desnudaban continuamente con la mirada, sin oír la fácil palabra de sus muchos admiradores. Las eternas y viejas palabras. Y ella, la grande, la eximia, la hermosa y seductora actriz máxima del Imperial, sola, ausente, sin una amiga entre tanta gente, sin una voz cálida de verdadera ternura. Todos la admiraban, pero ella, con su salvaje trama esclava, contradictoria y absurda se negaba a todos.

—¿Mi linda hijita, quiere mucho a su mamá? —Sí, mucho, mucho. Y Nura, la pequeña y frágil Nura, apocó la cabeza ardiente de fiebre y sueño en las frías manos de Tatiana Fedorova.

Diez y siete años. Un verdadero capullo que se abría a la vida. Una carita suave y pálida, con la frente muy amplia, los ojos claros y dulces, la boca breve y tierna. ¡Boris Gladkov, el padre de su hijo! Enfermiza y urdiente como él, obscura y lejana, misteriosa y clara, en su inocencia de niña. ¿Por qué tan luego hoy surge en su recuerdo a imagen nítida de aquellos amores trágicos en los que Boris Gladkov perdiera la vida en

luego. Después los recuerdos se agolparon confusos y desordenados; fiebre, muerte, dolores. Pero siguió siendo la gran actriz para el mundo.

Su hija era su refugio. Boris la fuente serena y mansa, su amor, su gloria, su orgullo. Todo su pasado. ¿Cuántos hombres pasaron por sus manos desde entonces? Muchos, muchísimos. Todos iguales: diferentes medios para el mismo fin. Variaban su técnica únicamente. Pero su corazón no se recobraba. Se hizo áspera, violenta por defensa. Inaccesible por norma. Al principio de su carrera teatral, humana al fin cedía alguna vez; pero luego, cuando Nura fue creciendo se hizo fuerte y vivió solamente para ella.

Un hombre, sin embargo, se perfilaba entre todos: Alejo Dichenko, fino y distinguido bajo su impecable abrigo de pieles, la distinguía entre todas sus camaradas. Permanecía silencioso y lejano de su camarín, mirándola sin verla, atento sin embargo a sus menores caprichos. ¿Estará enamorado de mí?, se preguntó muchas veces Tatiana, pero el amor no le preocupaba ni poco ni mucho.

Insensiblemente lo dejaba pasar, desoía los juramentos de sus galanes. ¿Para qué? Si no lo sentía. Ni siquiera como curiosidad le interesaba ya, y como experimento, tenía demasiados. ¿Qué ridícula la vehemencia de los más apasionados? Anteriormente se inclinaban a la indiferencia torciendo la cabeza de rumbo. Los vanidosos aparentaban constancia, juraban y prometían, pero canchales al fin, la dejaban en libertad.

Solamente Alejo Dichenko con su cara de niño, su boca tierna y sus manos finas y tibias no le fastidiaba con palabras inútiles. Con sencillez fue conquistando su confianza y más de una vez Tatiana, la orgullosa e inaccesible Tatiana, se preguntó si no se estaría enamorando de él.

—Amigo mío, usted debe acompañarme a casa a tomar un poco de té y si tengo la suerte de encontrar a Nura despierta, se la presentaré. Es mi hija; no sabía usted? Acaba de cumplir diez y siete años. Es linda como una flor. Es tierna y enfermiza. Todo le asusta. Solamente conmigo está bien.

—No sabía que Nura tiene ya diez y siete años.

—Es usted un hombre galante, Alejo, pero no es una crueldad que me recuerde que soy ya vieja. La vejez será para mí un refugio y un descanso al fin.

—¿De qué se queja usted, Tatiana? Tiene salud, dinero, una hija que la adora, fama, honores...

—¿Por Dios!, amigo mío, no diga ni repita lo que todo el mundo. La gente cree que lo tengo todo.

—Si no lo tiene, le sería fácil proporcionárselo. No hay un solo hombre capaz de no amarla.

—No es a mí a quien solicitan, es a la firma mía, al prestigio que ellos me crearon, a mis fantásticas leyendas que ellos mismos se encargaron de hacer circular.

—Y que usted no desmiente. —¿Para qué si abriría mi corazón y lo mostrara puro y sen-

blan el te del humeante "samovar" apareció la niña como una dulce aparición en su bata blanca, el pelo suelto sobre sus finos hombros.

—¿Mi linda mamá, qué tarde has llegado hoy, tenía dormirme sin verte! y abrazada al cuello de Tatiana seguía prodigiándole mil ternuras sin reparar en la cara de asombro de Alejo Dichenko.

—¿Mi querida, este señor es un viejo amigo mío, quería conocerte. ¿Por qué no le das la mano, hija?

Y Nura extendió su manito fino y blanco y balbuceó una palabra que nadie oyó.

—Es muy bonita su hija, pero su belleza es distinta a la suya.

—Si, tiene el encanto de la inocencia. Se asoma recién al mundo. Quisiera Dios que ignorara lo que yo sé. Total es una ciencia que da más penas que bienestar y es más feliz aquel que la desconoce.

—Es usted Tatiana de las que creen muy poco en la experiencia.

—Creo en ella para la especie, pero no como bienestar personal, sobre todo la experiencia sentimental no nos ayuda en nada, porque en asuntos del corazón todo sucede en forma ilógica, imprevisita, sin razón ni motivo.

—No me entusiasma discutir con usted, en primer lugar porque las discusiones son perfectamente inútiles; no se llega jamás a una conclusión, luego, tiene usted Tatiana sus asuntos sentados a fuerza de tratar a los hombres como títeres.

—Mi vida me dio este derecho.

—Tal vez, pero un hombre es algo más complejo de lo que usted supone. Además, no es por lo que dicen como debe tomarse.

—No tema Alejo; distingo entre los que todo lo dicen y no sienten nada y a la infinita variedad de los otros.

—¿Me tiene usted confianza? —Sí, porque es un hombre callado; usted mira, observa y deduce sin atronar los oídos de nadie con conclusiones filosóficas. Por principio desconfío de los buenos hablantes; se van en palabras. Créame, sé lo que le digo. Los que todo lo dicen, no sienten nada o casi nada. Y a propósito de los que hablan y de los otros, lo que hacen o sienten, me viene a la memoria una escaramuza que me pasó hace poco. Escuchela y juzgará Vd. si tengo o no motivos suficientes como para robustecer mi teoría, en la que no cree mucho.

—Oh, no, no es que no crea, Tatiana, pero no se debe sentar principios por casos aislados.

—Tiene razón, amigo mío, pero yo no siento principios con



casos aislados, sino que mi afirmación es el producto de una constante observación. Pero antes permítame que acueste a Nura, es ya muy tarde. Volvió a los pocos minutos con paso ágil, se sentó a su lado, y empezó a contar lo siguiente: —Una vez después de la función, con otros camaradas, fuimos a un café donde solían reunirse por las noches, artistas, escritores, y pintores, y entre vaso de té y vodka con caviar, se discutían y esgrimían sobre el arte, filosofía, amor, etc. Allí conocí a Fedor Lermontov, pintor de talento, hombre distinguido, con una sólida cultura musical que me impresionó fuertemente. Hombre al fin, me hizo luego una corte furiosa, no sin antes confesarme que era casado, con dos niñas, que vivía en desarmonía con su mujer y su

madre. Tenía gran prestigio como pintor y no usaba de falsa modestia; sabía lo que valía. Los hombres en general no lo querían: unos por envidia, pues era muy rico y no vivía de su pintura, los otros, porque tenía grandes méritos con las mujeres. Yo supe todo esto por el mismo. Nos hicimos camaradas y a los dos días yo estaba en su taller: quería hacer mi retrato. —¿Y no le hizo a Vd. el amor? —Al principio no, porque leí todo lo posible por retardarlo, contándole una absurda historia de unos imaginarios amores míos, y que él respetó. Se propuso curarme y mientras Fedor Lermontov conquistaba mi confianza con mil finuras de hombre de mundo, yo me resistía por hábito. No podrá nunca darse una idea del encanto que me ofrecía la compañía de un

lencio por una afirmación y empezó a sacarme el abrigo. Una dulce sensación de tibieza y bienestar iba cerrándose en los ojos. Sentía latir, tumultuosamente su corazón junto al mío, y su cálido aliento incendiándome la cara.

—¿Me quieres? ¿Me quieres?, eran sus únicas palabras.

—Sí, dije con un hilo de voz. Apagó la luz y quedamos confundidos en un abrazo, a medio desvestirse.

Una sonora carcajada de Tatiana se dejó oír.

—¿Por qué se ríe usted? ¿Es muy cómico el final?

—Sí, muy cómico, tanto que me enfermo.

—Pero, ¿qué pasó?

—Figúrese usted a Fedor Lermontov, el seductor de solteras y casadas, el Don Juan temido, apuesto y buen mozo, besándose los pies y confesándose casto. Confundida y humillada y con temor a herir susceptibilidades en una situación tan delicada, me abstuve de prodigarle un consuelo siquiera. Me vestí lentamente. Evitaba mirarle. Me acompañó hasta casa. Nos separamos hasta el día siguiente. Pasé una noche con fiebre altísima. A la mañana vino a verme. Estaba también demacrado. Nos mirábamos como viejos amigos que ya no tienen nada que decirse y mi instinto de madre me incitaba a tomarle la cabeza entre las manos, besarle los ojos, a mecerle dulcemente a mi lado. Pero sentí cierta tirantez. Algo a pesar mío estaba roto entre nosotros.

¡Pobre Fedor Lermontov! Un amador de cartón. Tantas palabras, tantas promesas, tantos gastos francamente teatrales, para confesarme al fin que era casto. Sus lienzos estaban, sin embargo, llenos de ardor. Le omito las conjeturas que me hice luego; nos encontramos dos o tres veces más, pero cada vez más distanciados. ¡Oh!, pero asómbrase Vd. En una oportunidad se mostró triunfante de su comportamiento. Me había respetado. Nura tenía entonces catorce años. Yo era sana, joven, halagada y solicitada y Fedor Lermontov, después de inquietarme, me dejó porque era casto, pero no sin antes oír de mis labios que le amaba.

—Ya lo ve, amigo, este ejemplo pertenece a los que hablan.

—Espero que no haya encontrado muchos hombres castos en su camino, o como ellos se titulan.

—Encontré gente agotada por excesos viciosos o imaginativos, pero llenos de ardores, apasionados y humanos. Profundamente humanos, que en cierto modo les redimía sus faltas. A la semana mi amador paseaba en compañía de una hermosa mujer. Era ya muy tarde cuando se separaron. Las tres, tal vez. Al otro día había ensayos

—Si sigue confundido en elogios, creeré que lo dice en broma, y la estimo demasiado para creer que se burla de mí. —Soy absolutamente sincera.

—A pesar de mi modestia, el resto de vanidad que hay en mí me incitaba que tome como sinceridad sus palabras. Pero may algo que no comprendo. Vd., Tatiana, ha visto tan de cerca la miseria de los hombres, sus debilidades y falsas, por qué no trata de alejar a su hija de los peligros que pueden significar para una criatura delicada y frágil como Nura, enamorarse de alguno de ellos? Me siento honrado por su confianza, pero olvida usted que también soy hombre que habla menos que los demás y que por lo tanto, según usted, siente más. Nura es una criatura que para mí, hombre de alguna experiencia, tiene un enorme atractivo, pero no puedo olvidarme que es usted su madre.

—Precisamente, Alejo, en vez de ser todo esto un inconveniente, tiene para mí todas las ventajas posibles.

—Confieso que no la entiendo, Tatiana. ¿Por qué no me habla con más claridad? Soy un mal discípulo y mi arididad mental para esta clase de ejercicios no es muy feliz.

—Bien. Yo se lo explicaré: No sé si las primeras impresiones se graban con tanta intensidad en la mente masculina como en la nuestra, pero muchísimas naturalezas generosas se han desviado por haber estado mal orientadas. No se imagina, amigo mío, lo dolorosas que son las primeras experiencias, los primeros conocimientos, los choques iniciados en el mundo de las sensaciones. Una mujer es optimista o turbia de acuerdo al primer hombre que abrió su corazón: de acuerdo al surco que ha dejado en su carne y en su alma. Por eso, sabiendo la influencia terrible de estas impresiones, el daño o el bien que puede hacer un beso, una mirada o una palabra, no quisiera exponer a mi hija. Quiero evitarle el horror y el asombro ante lo cruel y rudo que tiene la vida. Vd. es bondadoso. Con sus ojos de niño y su corazón de criatura inocente y pura, nadie mejor que usted, Alejo, para iniciarle en el complicado mundo de las realidades.

Pero Nura tiene apenas 17 años. ¿Qué temores abriga para su lejano futuro?

—No tan lejano como supone usted. Además, las naturalezas complejas y delicadas como la suya, dan sorpresa cuando menos se las espera. No puede parecerse sino a mí o a Boris, su padre, que era fantásticamente apasionado e irreal.

Si es a mí, los años ya han borrado, por suerte, el original.

—¿Era muy distinta entonces?

—Sí, todos somos diferentes a los veinte años: el tiempo apacigua y apaga los ardores e inquietudes, pero los que tenemos un hijo o una hija, tememos que se despierte en ellos nuestra primera juventud. ¿A qué explicarle cómo he sido? Creeva usted que se trata de dos madres distintas, tanto me zarandé la vida, tanto he cambiado.

—Recuerda con cariño a la Tatiana primera, a la que había en usted hace veinte años?

—Sí, recuerdo a la que había en usted hace veinte años.

Voy a dudar de su sano juicio. —Y no estaría usted muy lejos. Una madre que busca para su hijo un hombre que la inicie en el mundo de los sentimientos, no puede estar sino loca, o ser una anormal, o...

—No, tanto no he querido decir.

—Si usted tiene la debilidad de confundirme, los demás pensarán a grandes voces. Pero una madre inteligente, conocedora del ambiente en que actúa, tiene todo el derecho de proteger a su hijo; de evitarle en lo posible el choque con el mundo externo.

—Yo no le discuto los derechos, Tatiana. Pero ya que lo ha hecho usted para evitarle un daño, no sé si está en lo cierto. Tal vez sea mejor que la deje orientarse sola.

—Sé lo que le digo. Yo me oriento sola. Son más los sinsabores que los gustos. Además, a los diez y siete años se ignora en absoluto la diferencia del bien y del mal. Se lanza uno de lleno en un mundo desconocido para estrellarse una y mil veces. Nadie toma a esta edad. Se deja tomar, esto es todo. Pero yo estoy firmemente empeñada en poner a Nura en manos gentiles.

—¿El cumplido es para mí? —No necesita preguntármelo. Entre cien hombres, nadie tan sereno y profundo, nadie tan honesto consigo mismo y con los demás.

—Por eso Tatiana, porque soy honesto, renuncio a la ventura. No me siento con fuerzas para para iniciar y orientar una vida que se abra. Tendría remordimientos de conciencia en el caso de fallar; además, hay una razón muy poderosa para negarme.

—Ya lo sé, Alejo. No necesita decirme. Me dirá que le gusta más la madre.

—Usted lo sabe todo, Tatiana, pero no es que me gusta más la madre, sino que me gusta mucho, mucho más de lo que usted se imagina.

—Trato de no imaginármelo, porque no puede ser. En la ficción o en la realidad, en mi vida o en la vida que me rodea, de manera que no tengo nada para apagar sus ardores. Me falta frescura, fe; ya no tengo la menor ilusión para mí. Mientras yo me prodiga, usted vive a la espera, cuidando y cuidando sus sentimientos, puliendo sus sensaciones. Hace mucho tiempo que nos conocemos; dentro de muy poco la Tatiana que usted vio por primera vez, florecerá en mi hija y tendrá dolores de cabeza compensada la espera. Dígame que sí. Alejo, y la esperaré mañana en casa con el "samovar" hirviendo. Tomaremos té y si tiene la suerte de encontrar a Nura despierta, se la volveré a presentar, porque tal vez se haya olvidado de su cara.

—Sea. Mañana después de la función irá a su casa. Alejo, con paso livano, se alejó, sonando ante el porvenir cercano; Tatiana, con paso lento y desgarrado, se dejó caer en la chaise-longue de su camarín. Con mano pesada enjugó una rutilante lágrima ante el sacrificio. ¿De su vanidad de mujer herida o ante el futuro lejano de Nura?

Tatiana Fedorova, la grande e inaccesible Tatiana, la actriz máxima del teatro Imperial, la de antigua alma esclava, contradictoria y obscura, representó una vez más su papel, prodigándose tanto, que ella misma no estaba segura si era ficción o realidad su rol de primera actriz en la nueva comedia dramática de la vida.

BLANCA ROLLAND

JUAN SORAZABAL

En un tranquilo barrio de arrabal, habitado por gente laboriosa, el silencio nocturno...

Flores de Barrio
Guarecidos debajo del follaje de un viejo y corpulento "gualleguay" que se asoma sobre la puerta...



Le ha parecido, nomás...
Lo que me está pareciendo a mí es otra cosa.

Señorita... ¿gusta acompañarme?
Salgo, mamá!

Doña Gregoria, Madre de Nicodemes y de Panchita, dirige miradas investigadoras a los mozos...

Cesa la música. Las parejas se desparraman en los asientos.
Escáñense los rostros sudorosos...

Un mocetón de chambergo en la nuca, se pavonea airoosamente, alardeando de llevar detrás de la oreja un típico clavel de patio andaluz.

¿Y señora? ¿Las deja bailar.
No, moquito; ya nos vamos...

¿No te digo, con el imbécil éste? ¿Queríéndome agarrar pa' la cachada?

¿Bueno; vamos mamá
Si, es mejor; porque denó, me parece que la voy a sacar las mechas a tirones.

Y diciendo esto, tomó del brazo a sus hijas, jurando y perjurando, que a los pic-nics no volverá sino de suegra, cuando se casen sus hijas.

No dejés que se muera de pena tu mamá, por tu carño, para luego...
¿Y mi madre, Armando? ¿No has pensado en eso?

¿Bueno, bueno. De mí... no te acordás más, ¿sabés?
Y ella, sosteniendo la dolorosa lucha entre dos afectos...

Vació ella un instante. Pero la decisión que había en Armando, vencieron sus escrúpulos, y secándose las lágrimas...

Un viento suave, trajo el eco de pasos que se alejan y de ladridos persistentes. La incansable rana, sigue su monótono clic-clac...

Ermelinda, la hermosa. La "flor del barrio", como la llamaban los muchachos...

Ella sonre, pero a sus ojos asoma la tristeza que enluta su alma, dando a su rostro una expresión de enferma, de vieja, de loca...

Esta es la pequeña historia de Ermelinda, la hermosa "flor del barrio".

¿Y él? Sigue diciendo cosas lindas a las muchachas que pasan por su lado...



Buenas tardes. ¿Es usted la encargada de la casa?
Si señor. ¿Descaba aljé?

¿Venía a vacunar. ¿Hay muchos niños?
Nun señor; sólo hay dos' de la del número cuatro, y una hija mía de quince años.

¿Y los demás inquilinos?
Sun todos matrimonios solus; menos aquella del fondo, que la ocupa uno paisano nuestro, recién llejados de Pontevedra.

¿Cuántas personas habitan en esa pieza?
Ochu personas, señor.

Perfectamente; avíseles que mañana temprano vendré a vacunarlos. Dígame, ¿su hija está vacunada?

Si, señor, pero hace mucho tiempo.
Bueno, habrá que vacunarla.

De mi parte nun jai inconveniente. Si la chica quiere...
Y si no quiere, pagará usted la multa. ¿No comprende que es para el bien de todos?

Ab... ¿siendo así nun dija nada.
Es argentina su hija?

Nu, señorita, de Galicia.
Su gracia?

Eu nun tenju gracia...
Pregunto el nombre de su esposo.

Ab, vamos! Si, comprendu... Santiafu Pérez.
Bueno, ya sabe; vendré mañana.

Adiós señorita...
¿Qué preguntaba ese joven, vecino?

Par las personas sin vacunar. Dice que vendrá mañana.
¿Vacuna a su hija?

Par eso mismo protestaba hace algunos minutos.
¿Y qué le dijo?

Que por la fuerza tendrá que vacunarla.
No se descuide, doña Josefina, que estos son muy pícaros.

Figúrese qu'el año pasado, en la otra casa que vivía, fué uno a vacunar a las muchachas de la dueña e casa, y... ¿sabe lo que se le ocurrió al hombre?

¿Algun disparate?
Verá. Empezó a convencer a la madre que la vacuna que mejor prendía era en la pierna, en la parte del muslo, ¿sabé? y que estaban menos expuestas a contraer enfermedades.

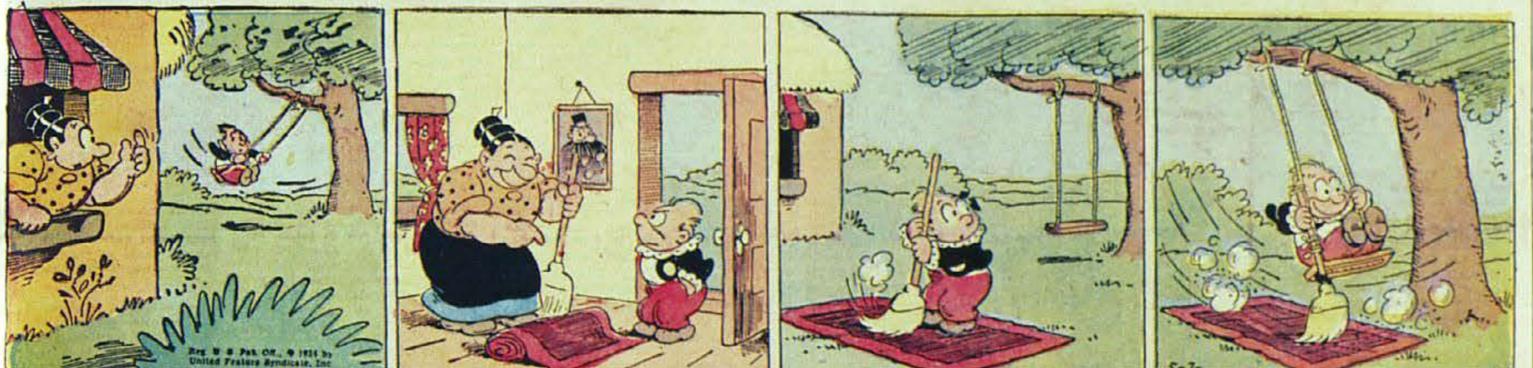
Al principio las muchachas no querían porque tenían vergüenza de mostrar las piernas, pero a fuerza de tanta lata, el mozo las convenció. Cuando estaba vacunando a la mayorcita, se armó un bochinche y vide qu'el vacunador salía al trote por la puerta e calle, y detrás la madre e las muchachas, tirándole la valija con todos los cachivaches.

¿Qué había pasau?
Cállese; qu'el mozo de la Asistencia había sido un atrevido. En cuanto la madre salió al patio, el mozo la abrazó y besó a la muchacha. Claro, ella gritó llamando a la madre.

¿Pus cualquier día me fio yo con ese otro!
Si; si hasta con el cuento e la vacuna se cuejan esos atrevidos.

¿Cun su permisu, doña Benita, me parece que se m'está ordenando el arroz.
Es de usted, doña Josefina.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



¿CHUPETIN O QUE?
NO QUIERE DEJAR QUE MIREMOS DE TENIDAMENTE ESE EXTRAÑO APARATO.
ES UN CHUPETIN DE LAS ISLAS.
PARECE USTED A UN REY ADENTRO DE UN FRASCO DE ACEITUNAS.
ME LEGALÓ MI MAOLINA QUE TIENE UNA FABRICA DE SUSPILOS.
BUENO; PARA DECIRLE LA VERDAD, ESE CHUPETIN SERVIRIA DE MOQUELO PARA HACERNOS UNA CASACA CON ALAMARES.

EL ARCO DE CUPIDO
NO QUIERO REVERTAS ACA, USTEDES NO SON LETICIA, NI EL CHACHO BOREAL, NI EL CORREDOR POLACO, NI LOS DARDANELOS, ECT, ECT.
QUERIA FLECHAR A MI CHICA CON EL ARCO DE CUPIDO.
¿CON ESCUPIDAS?
HAY QUE SER RAZONABLES, UN CORAZON ES UN CORAZON Y NADA MAS.
SI, YASE Y LA GANGRE ENTRA Y SALE ESPONTANEAMENTE.
MIRA A LO QUE HAN QUEDADO REDUCIDOS TUS CONSEJOS MISTICOS.

¡PAF, PLAF, PLAF! PALMADAS ATRAS.
ESTO SE LO DOY PARA RECORDARLES QUE HAY UN SOLO MES DEL AÑO CON 28 DIAS.
Y AHORA, CUIDADITO CON DESPERTAR A LOS ARMONIOSOS SILVANOS SILFOS Y FAQUIRES DEL BOSQUE.
¡PIIIIIII!

El Vendedor a Plazos

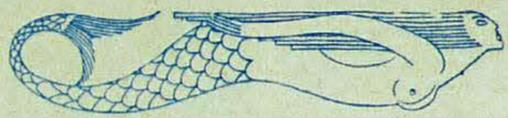


Es poco más de mediodía. En el reducido y antihigiénico patio de un conventillo del arrabal juega una porción de niños sucios y harapientos, que entretenidos en sus travesuras infantiles, no sienten el fuerte sol que calienta sus cabezas.
Sentada frente a la puerta de su habitación, está Adolfa, junto a la máquina de coser, entretenida en hojear una novela.
Un hijo de Moisés—vendedor ambulante de mercaderías a plazos—avanza cautelosamente por el patio, preguntando de cuarto en cuarto, sus acostumbrados artículos de tienda y mercería. Detiénese frente a Adolfa, y la observa picarescamente, hasta que le interrumpe la lectura, diciéndole:
—Boeinas tardí, Dolfa. ¿Qui cointas di boino?
—¿Qué quiere que le cuente?
—¿Qui poca novida qui tienes?
—Y, ¿usted tiene muchas?
—Yo la tener mucha. Boinos ginerós pir la verano, y muebles noivos.
—¿Cállase con sus muebles! Las sillas que me vendió no sirven para nada; se están descolgando todas. Parecen usadas.
—¿Qui aspiranza, qui la istar usadas!
—Ya le he dicho los otros días, que no venga a ofrecermé nada, porque no le voy a comprar.
—¿Qui mala qui istás hoy?
—Venga el lunes a cobrar lo que le debo; todavía no ha cobrado mi marido.
—Nu quiere comprar boeina guarda pulvo pir marido qui istá viajante, qui va, qui la viene pir la tren?
—Ya le he dicho que no!
—Boeino... boeino... pir Dios, qui ti pones foriosa.
—No me venga afilando porque es inútil.
—Yu nu ti afilia. Yu ti quiera mucho, pir que mi haces muy simpática. Si mi quiera a mí, yo ti trata bien; ti regala vestido di seda, sombrero, y te lleva aligantes a pasar pir la calle Florinda, cuando no istar tu marido. ¿Qui mi dices, Dolfa?
Y Adolfa, acostumbrada a engañar al ruso de que es casada y que tiene el marido ausente, aprovecha la oportuna propuesta. Después de sonreír maliciosamente, le responde:
—Bueno, déjese de bromas y venga el lunes para que arreglemos.
—Boeino, yo la viene sin falta.
—Bueno, adiós...
—Adiós querida. Qui mi dices qui sí, qui mi dices qui no. Y mientras se encamina el ruso hacia la puerta de calle, ella le contempla hasta que desaparece.
Y allá, en el fondo del patio, aún siguen los chicos en su algazara, interrumpida a veces, por la queja de algún vecino, molestado por sus travesuras.

BRUNO GOMEZ
ILUSTRACION DE RECHAIN

# EN EL OMBLIGO DEL MUNDO

A L finalizar el año 1932, el mundo y los científicos preferentemente, fueron sacudidos por una noticia que muchos llamaron fantástica, sin analizar la enorme verdad que encerraba en su fondo; acaso porque deberán enmendarse muchas planas y desbararrancar muchas refutaciones cuyo científico de pacotilla se ha impuesto a fuerzas de maniobras políticas o de esas "complicaciones retribuciones" que acostumbra los mafiosos a soliviantar una reputación, que en servir a la ciencia y a la humanidad investigando laboriosamente en las interminables vigillas en que se llenan de ansias las almas y se ensombrecen los tintes violáceos de las ojeas.



El telegrafo anunciaba: "El capitán B. Mayo, del barco petrolero "Ramapo", perteneciente a los Estados Unidos, ha manifestado a la Associated Press que lo ha trascendido desde San Diego, California — que al hacer el recorrido entre San Pedro y Manila ha descubierto un vasto continente debajo del Océano Pacífico".

En realidad, no ha descubierto nada, sino que ha comprobado lo que ya hace millares de años se acostaba por los sabios de Oriente y que, como el acaso ignoraba, le concedemos haya redescubierto.

Pero vayamos al grano, que el punto, además de interesantísimo, es perfectamente serio y de no gastar muchas ironías.

"El capitán Mayo — continúa el telegrama — dice que a mediados de 1933, experimentando una nueva sonda marina, encontró nuevas profundidades cerca del Japón."

"Que dicho continente, hundido en el fondo del ancho de América; teniendo montañas más altas que el Everest y profundidades hasta de seis millas; verdaderas cordilleras, grandes valles y hasta volcanes todavía en actividad."

Para los que tenemos la convicción de que tan como lo dice Mr. Smetz: "Las alternativas depresiones de continentes y lechos de los océanos son debidas a una lenta pulsación de la Tierra", una especie como de movimiento de diástoles y sístoles", a veces con recias sacudidas que la mayor energía sísmica produce al aumentar las irradiaciones solares, provocando el estallido de las molcanes; tales manifestaciones, como tampoco el hecho de que ese continente fuese o pudiese ser la misteriosa Lemuria, donde la tercera raza humana realizó sus gigantescas travesuras; y la publicación del mapa que acompañamos justifico todo, como también el misterio de la isla de Pascua, el famoso "Ombigo del Mundo", como enfáticamente lo llaman los pobladores indígenas, y es que gustamos la comprobación de cosas que parecen raras, pero que resultan casi siempre de una trascendencia insospechada.

De allí que al darse la noticia de haberse encontrado en ese Protos Unidos de la época monodimensional, y a la vez, una mandibula de mastodonte, que hoy es en el poder del Field Museum of Natural History, de Chicago, sus cámaras y comprobáramos su certeza, porque allí existió una isla de tierra lemuriana, época en que tales bichitos se divertían con los chicos "nacidos del sudor", y hasta si se quiere "del huevo".

Nuestros lectores y los que se interesen por estos estudios, pueden comprobar datos muy interesantes a poco que observen el planisferio que reproducimos, cuyo original fué construido por Mr. Elliot; extraordinario clarividente, poseedor de facultades psíquicas tan asombrosas que sus predicciones han sido tan acertadas hasta negadas por quienes no se detienen a investigar lo suficiente y ser capaces de intuir algo perfectamente lógico y natural, tanto o más que el ya clásico chiste del huevo de Colón, cuya mordaz ironía va llenando los siglos de la carcajada que tal chiste produjera al chusco que con espíritu de chacota presenciara en la Rábida la jargueta del navegante genovés.

Tanto teólogos como paleontólogos y astrónomos, están de acuerdo en que las partes sólidas de la Tierra sufren constantes transformaciones, porque así lo prueba la historia del planeta y así lo demuestra la geología al tablear las diferentes capas de la corteza terrestre y sus formaciones; y de ello hemos de ocuparnos en otra oportunidad; luego, nada extraña el que se compruebe hasta la evidencia que las enseñanzas de la ciencia antigua traen un fondo de verdad capaz de impedir la acción corrosiva de la petulancia con que algunos sabios científicos de todas las épocas pretendieron entronizar sus elucidaciones; y la profecía de Séneca en Méden: "Verdaderamente muchos siglos antes de que el océano revelara"



las ligaduras de una gran tierra descubrieran nuevos continentes", va empeñándose a cumplir como lo demuestran las comprobaciones del capitán Mayo y lo han venido comprobando todos los sondeadores marinos practicados en el último cuarto del siglo pasado.

Actualmente, diversas comisiones científicas organizadas por instituciones oficiales y no oficiales de Estados Unidos, están haciendo exploraciones que tienen en permanente expectativa a los estudiosos; especialmente la expedición oceanográfica en el "Atlantico", patrocinada por el Instituto Oceanográfico de Woods Hole y por la Universidad de Yale, la que a bordo del "Velero III" realizan una cantidad de hombres de ciencia norteamericanos por los mares ecuatoriales, especialmente ésta, de la que forma parte una cantidad de zoológicos, ornitólogos, botánicos, etnólogos, etc., que han de dar, como notas y comprobaciones muy interesantes para la ciencia sobre la fauna y la flora de esas regiones, confirmando o rectificando lo que hasta la fecha se ha sostenido.

Nuestros lectores comprobarán, decíamos, datos interesantes al observar el planisferio que publicamos y que tiene señalados en negro los contornos de los actuales continentes a fin de facilitar comparaciones. Por ejemplo, tomemos en primer término la Isla de Pascua, misteriosa porción de tierra, mejor dicho, de roca volcánica que surge a flor de agua en el Océano Pacífico, a los 111 grados, 46 segundos de Greenwich y 27 grados 9 minutos de longitud Sud, con una superficie de unos 125 kilómetros cuadrados, afectando la forma de un triángulo isósceles.

Por su conformación y por el hecho de que está cubierta de volcanes, y su suelo ser casi en totalidad de lava endurecida, sobre la que la acción de los vientos apenas si ha logrado reunir capas o porciones de tierra vegetal cultivable, dan la certidumbre de que es la parte más alta de una cordillera o de una agrupación de picos elevadísimos, cuyas bases, secretos y civilizaciones guarda el océano muy "profundamente" en sus profundidades. Y allí, sin duda, hace dos o tres millones de años, una parte acaso la más desarrollada mentalmente de la tercera raza humana, fue sorprendida por alguno de los más formidables cataclismos cíclicos, en plena elaboración de los misteriosos monolitos o menhires que llenan de asombro a los que visitan la isla, en la que están diseminados en un número que se calcula en quinientos, más o menos.

Tal lo revela en su gesto silencioso pero elocuente, el cráter abierto del volcán "Rano Rakau" que muestra el gigantesco taller de escultura donde aún quedaron algunas para demostrar que sus artifices fueron sorprendidos en plena labor, y debieron abandonar, dejando sus herramientas rudimentarias y hasta los rodillos y las planchas con que transportaban esas formidables estatuas que varían de uno a veintidós metros, llegando algunas hasta tener un peso de sesenta toneladas.

Allí, en esas estatuas, cuyos dorsos están llenos de jeroglíficos, hay las pruebas, la historia de lo que hoy es un misterio que solamente las más antiguas leyendas o tradiciones han traído hasta nuestros días, como fecundas de remotísimos tiempos; cuadros de vida que solamente el ocultista puede contemplar en la maravilla del "akasa", el libro imborrable, indestructible, donde la naturaleza deja la huella de cada acontecimiento, verdadera cinta cinematográfica de la vida universal.

Y bien, en el planisferio puede comprobarse el sitio que la Isla de Pascua tuvo en la Lemuria.

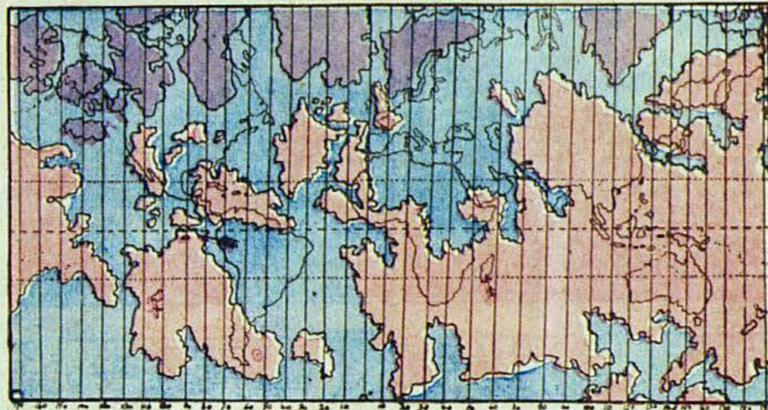
Otra de las comprobaciones es la Isla de Galápagos, que explicaría a los antropólogos la razón del por qué los galápagos o testudines, esas tortugas de tierra enormes, cuya existencia no podían los sa-

Justificar en puestos vulcanicos, y, por último, ese punto que hacemos resaltar del hallazgo de una mandibula de mastodonte en el Estado de Illinois, en Norte América, sitio precisado como de tierras existentes en la época terciaria y anteriores en que tales animales vivían en amable compañía de dinosaurios, plesiosaurios y otros simpáticos habitantes, más o menos gigantes, e indagaríamos los primitivos pobladores del planeta, cuya sociedad tampoco era entonces tan exigente y refinada.

En 1922, el profesor neerlandés Mr. Brown pasó cinco meses en el "Ombigo del Mundo"; pero éste fue también rebelde, no obstante la hospitalidad cordial de sus habitantes, conservando el secreto de los millares de siglos que el sol ha visitado sus peñascos, erectos como vigías en las inmensidades del océano; acaso para decir a las civilizaciones veridaderas, remediando a Verdadero sobre el Teyde, de Tenerife: "Aquí fué la Lemuria".

Monsieur De Lannay, el geólogo eminente, dijo que el cataclismo que hundió a la Atlántida, no pudo ser único, y que no se limita al hundimiento del continente que se refiere Platón, y que no puede resultar sueño o ficción el suponer que otras Atlántidas más vastas reposan en las profundidades del océano Pacífico. Y de ello podremos dar amplias pruebas en nuestra obra "Contribución a la búsqueda de la cuna de la civilización", donde, en un estudio bastante completo, reunimos las opiniones científicas y los elementos de prueba dispersos más interesantes, que un artículo no puede encerrar sino como simples referencias.

Ya Ernesto Haeckel, en su "Historia de la Creación", dijo: "Las alteraciones que la geología comprueba en la corteza terrestre, son determinadas por las constantes depresiones y elevaciones del sue-



lo volcán Rano-Aroí, el más alto de la isla, tiene más de quinientos metros sobre el nivel del mar; siendo posible que Davis no se atreviera a desembarcar, puesto que si bien los vientos del N. E. no levantan gran oleaje, en cambio existe constantemente mar gruesa, por la misma altura y más lamiendo en que se encuentra, lo cual provoca un fuerte balanceo a las embarcaciones de poco calado; como las que por esa época usaban los picos filibusteros y también los que no eran ni filibusteros ni picos o solamente alguna de ambas cosas.

Otra comprobación de que estamos ocupándonos de un fragmento de la Lemuria, es la siguiente información: "A ciertos profundidades, el fondo ofrece un buen asidero a las anclas; pero, cerca de la costa, el mismo es rocoso y, por esta causa, y no existiendo como amarrar bien las anclas, en oportunidades ha habido que lamentar algún naufragio, como, por ejemplo, el del barco Black Eagle, de matrícula americana, en 1877. La tripulación fué salvada y pasó cerca de un año en la isla. Que es una prueba más que justifica la opinión de que se trata de los picos más altos de una región montañosa del continente lemuriano."

Esta isla, que los holandeses dijeron era fértil y de clima agradable, en cambio Cook y su acompañante el botánico inglés Forster, tanto como el capitán González, de una expedición española, y el mismo La Perouse, sostenían que era apenas utilizable en décima parte.

Para justificar estas divergencias, y en razón a lo que hoy es la isla, debemos tener en cuenta el panorama holandés en aquella época y lo que eran los demás países, especialmente Francia y España, verdaderas sucursales de ese Jardín de las Hespérides; como los griegos llamaron a Poseidón, la última isla de la Atlántida.

Como antes decimos, la Isla de Pascua está llena de monumentos, estatuas, túmulos, plataformas y hasta casas prehistóricas; todas ellas enormes monolitos con esculturas antropomorfas, bastante perfectas, sobre todo teniendo en cuenta la época y las herramientas utilizables que están allí, en el cráter apagado del volcán "Rano-rakau", como está detrás y en los brazos de los menhires, una mar-

villa de jeroglíficos que deben darnos la historia de todos los sucesos, el día que se encuentre la clave de su interpretación; y otro Le Plongeon u otro Champollion, u otro Scheiman, aparezcán y nos revelen el secreto encerrado en esos símbolos; que eran la verdadera escritura usada en la prehistoria, aun cuando fuera hecha en tablas, metales o papiros, o simplemente en los monumentos.

Las informaciones nos dicen que hasta 1870 no llegó a la isla ninguna verdadera expedición científica, siendo la primera la que llegó a bordo de un crucero chileno, según creemos, aunque Chile no lo más poseedor de la isla haciendo valer su soberanía hasta 1888, según datos en nuestro poder que juzgamos fidedignos. Años más tarde, llegaron algunos navios franceses; pero recién en 1914 los antropólogos americanos Scoresby-Rutledge estudiaron detenidamente la misteriosa isla, en la que permanecieron casi un año, sin lograr penetrar el misterio de los signos cabalísticos, según los informantes.

En 1922, el profesor neerlandés Mr. Brown pasó cinco meses en el "Ombigo del Mundo"; pero éste fue también rebelde, no obstante la hospitalidad cordial de sus habitantes, conservando el secreto de los millares de siglos que el sol ha visitado sus peñascos, erectos como vigías en las inmensidades del océano; acaso para decir a las civilizaciones veridaderas, remediando a Verdadero sobre el Teyde, de Tenerife: "Aquí fué la Lemuria".

Monsieur De Lannay, el geólogo eminente, dijo que el cataclismo que hundió a la Atlántida, no pudo ser único, y que no se limita al hundimiento del continente que se refiere Platón, y que no puede resultar sueño o ficción el suponer que otras Atlántidas más vastas reposan en las profundidades del océano Pacífico. Y de ello podremos dar amplias pruebas en nuestra obra "Contribución a la búsqueda de la cuna de la civilización", donde, en un estudio bastante completo, reunimos las opiniones científicas y los elementos de prueba dispersos más interesantes, que un artículo no puede encerrar sino como simples referencias.

Ya Ernesto Haeckel, en su "Historia de la Creación", dijo: "Las alteraciones que la geología comprueba en la corteza terrestre, son determinadas por las constantes depresiones y elevaciones del sue-

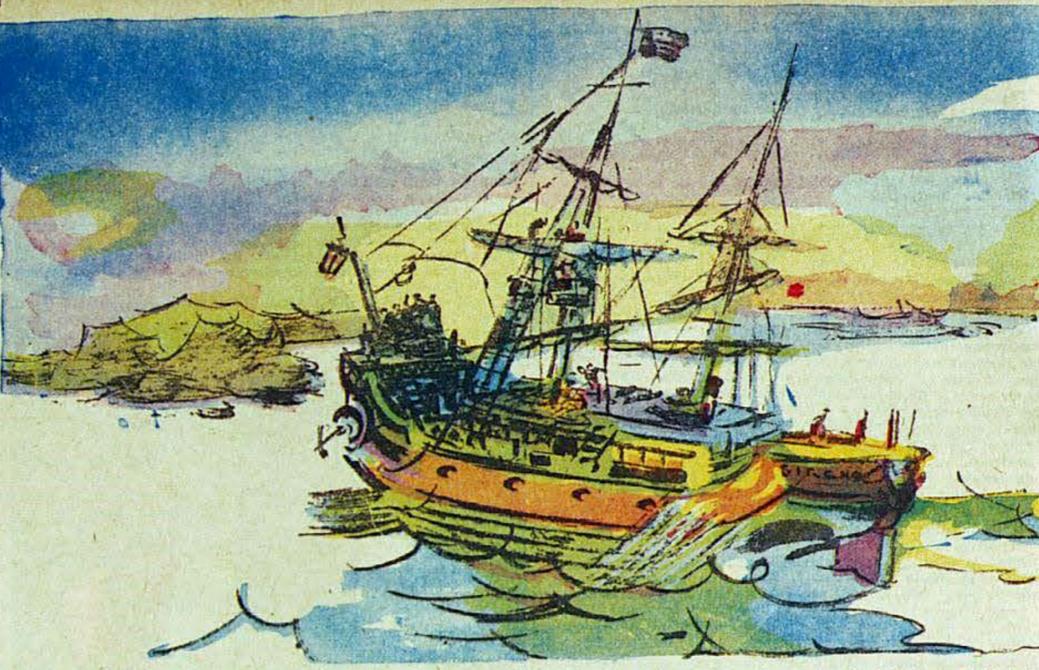
ceptables las hipótesis planteadas sobre el advenimiento del hombre y la multiplicación de la especie, cumpliéndose las bíblicas palabras: "Creced y multiplicaos".

Antes que nada, sentemos la premisa de todo buen ocultista — que no es sino un estudioso sereno y un trabajador, un investigador apasionado — la cual se debe plantear en cada día y en cada hora, y es: nada hay milagroso; la maravilla que pareciera más fantástica, debe tener una explicación científica, lógica y razonable, si para comprobarla se descarga la mente de todo prejuicio, de todo otro deseo que no sea hallar la verdad.

Siendo así, no debe sorprendernos, ojalá entre los elementos de estudio aparecieran leyendas o tradiciones que los superficialistas desechan, porque no contienen las teorías que les han servido para adquirir conocimientos unilaterales, muy diferentes, sin lugar a dudas, de las leyes fundamentales de la vida, donde se adquieren conocimientos universales.

¿Qué sacaríamos — por ejemplo — con negar rotundamente la posibilidad de lo que en "Las enseñanzas de la Lemuria" se afirma sobre la raza humana, que, hasta cuando iba adquiriendo o consolidando su materia física, sus huesos, su carne, se reproducía, como todas las especies de saurios, por el "huevo", como en la anterior época del continente hiperbóreo, "por el sudor"? ¿Acaso hoy mismo los saurios no se reproducen en tal forma? ¿Se caimán que nace riéndose a carcajadas no nos da una nota pintoresca de cómo nacieron en la Lemuria? Porque, sin duda, el suscripto y muchos que esto leen hemos de haber andado por aquellos andurriales en anteriores encarnaciones, aunque no recordemos un camino o recordemos demasiado y callemos por las travesuras hechas y no pagadas.

Digamos con Alphonse Berget: "Uno no deja de sentirse presa de cierto vértigo, ante la inmensidad de esos problemas, que nos ponen frente al enigma impenetrable del Génesis". Pero, afrontemos el tema, teniendo la lógica



dería desde el Africa occidental y la razón por norma y fero de esta búsqueda.

La "Doctrina Secreta", habla de los nacidos del sudor, de los nacidos del huevo y de los andrógimos, que eran los lemurianos, así: "En un principio, apenas tenían sexo y poco a poco, por evolución natural, se fueron transformando en bisexuales o andrógimos. El paso de una a otra modalidad requirió innumerables generaciones, durante las cuales la sencilla célula naciente de su progenitora (dos en uno), evolucionó en un ser bisexual y convertida después en huevo regular, engendró una criatura unisexual".

Según fueron evolucionando los períodos geológicos, las nuevas subrazas empezaron a perder sus congénitas cualidades. Por supuesto que la mudanza requirió millones de años".

Haeckel, comentando este paso gigantesco en la evolución humana, verdadera transición entre lo animal y lo humano, que establece el punto de arranque del dominio de la mente sobre el instinto, o por lo menos la iniciación del control de los sentidos, que aún no estaban desarrollados, dice: "En los ínfimos organismos animales, sobre todo en los zoofitos y gusanos, vemos frecuentemente que, en el interior de un individuo, compuesto de varias células, un pequeño grupo de éstas se separa de las circundantes y poco a poco se convierte en otro individuo independiente y distinto del primitivo."

"La reproducción sexual o anigónica es la más común entre las plantas y animales de las especies superiores. No cabe duda de que este procedimiento genético apareció en tiempos ya muy adelantados de la historia terrestre evolucionando de la generación asexual y más directamente de la germinación celular". La ciencia ratifica al ocultista, diciendo: "La más antigua modalidad de reproducción sexual tiene por actor al individuo de sexo doble".

En realidad, confieso que me interesa constatar el origen del ser humano por su reproducción del huevo, y acepto antes haber sido uno de los millones de millones de hermafroditas que se reproducían, poniendo huevos, antes que aceptar la teoría darwiniana de la descendencia de los antropoides, que he de alegar para ello razones muy aceptables y legítimas, ya que el "pecado original" que hablan algunas religiones, fué cometido en esta época terciaria, cuando recién comenzaba el desenvolvimiento de los sentidos; cuando, a últimos de la cuarta subraza, la criatura perdió la facultad de andar apenas salida del huevo, ya que, según "Las enseñanzas de Círian" mencionadas, durante la quinta subraza los seres nacieron en las mismas condiciones y según las actuales generaciones humanas.

Y no es cuestión de reirnos, ni de comentar irónicamente estas aseveraciones, sino establecer las posibilidades de su realidad. Hemos de tener en cuenta que, en la época terciaria fué cuando todos los animales invertebrados crecieron y se transformaron en vertebrados, con chayas (esqueletos sólidos). Primero se desdoblaron los animales y empezaron a procrear. También se desdobló el ser humano, y dijo: "Hagamos como ellos; ayuntémonos". Así lo hicieron, y los que tenían centella, tomaron enormes hembras animales, y de ellas engendraron razas mudas, como ellos mismos eran. Pero sus lenguas se desdoblaron. Las lenguas de sus progenies permanecieron calladas. Engendró a o n

monstruos, una raza de corcovados monstruos de piel roja, que andaba a cuatro pies, que olvidaran de los datos históricos que la tradición acaso les trajo y sin duda niegan o reservan, dada su actitud, que encierra gentileza, deseo de halagar, de cumplimentar, al extranjero; pero, absoluto secreto de sus cosas, hábitos y costumbres íntimas, sobre todo, su tradición; habiendo influido sin duda en su ánimo la introducción de otras religiones.

Los misioneros RR. PP. Eyraud y Beaulieu, que a visitaron y se radicaron en ella, desplegando tanto celo que no quedó un habitante sin bautizar, relatan que: "habían visto numerosas tablas cubiertas de signos grabados en las mismas, que eran la escritura de sus antepasados; pero que ya no existían isleños que fuesen capaces de descifrar estas escrituras". Una gran parte de estas tablas fueron quemadas, como demostración de celo religioso, por parte de los indígenas, pero se salvaron algunas, que, según el doctor L. Oesterreicher, se encuentran en diversos museos, sin llegar a precisarlos.

El citado doctor, en un artículo que publicó sobre la Isla de Pascua, ha sabido descifrar hasta la fecha el enigma que rodea a la isla.

"Hoy no sabemos de dónde vinieron los artistas místicos que al aire libre esculpieron en las rocas de las laderas internas de un volcán semejantes estatuas pétreas, algunas de las cuales se ven aún hoy comenzadas, otras más adelantadas y algunas listas para ser trasladadas a distancias bastante apreciables, cerca de la costa. Tampoco sabemos aún por qué fué realizada una tarea de tal magnitud y que se abandonara de improviso."

"Como decimos, no es éste el único misterio; existe también el misterio de la escritura. Esta parece ser sumamente primitiva en su ejecución. Aunque se puede ver sin dificultad lo que representan estas figuras, se ignora sin embargo su significado convencional. Algunos isleños alegaron poder leer dichas escrituras, pero siempre resultó, posteriormente, que éstos no leían, sino que recitaban algo de memoria."

"Un tercer misterio lo son las pequeñas estatuas de madera, en parte finamente talladas. Estas figuras representan individuos desnudos, el pecho simulando un esqueleto con las costillas perfectamente marcadas. Fuera de ella, se hallan también en algunas paredes de piedra y en algunas casas, también de piedra, relieves y cuadros cuyo significado sigue siendo una incógnita para los sabios". Lo que más llama la atención es un pájaro que figura en las mismas y que es completamente desconocido en la Isla de Pascua, el cual se cree la imagen de alguna deidad. Indudablemente, el misterio más grande son los mismos habitantes y hasta su idioma, que se asemeja en algo al de los isleños de las islas Marquesas y los habitantes de Nueva Zelanda."

Para completar esta información, diremos que, en la época de su mayor evolución, los lemurianos eran de una estatura gigantesca; según Elliot, de 3.70 a 4.90 metros de altura, tenían un enorme peso de mandíbula inferior saliente y alargada, ojos muy separados, frente estrecha, y poco a poco se fueron reduciendo de estatura, pareciéndose al tipo que fué de los remoahles, primer subraza atlante.

Ante esta descripción, y ante las estatuas de la Isla de Pascua y el cráneo del "Homínulo patagónico" de Ameghino, que el sabio atribuyó al coceno superior — el inmediato al cretáceo —, nos preguntamos: ¿No estaremos en la senda de la verdad, ya que la ciencia va comprobando la exactitud del árbol genealógico que trazo Ameghino en 1909, partiendo del Hominidae, en cuyo cuadro hay, por rara coincidencia, una diversificación de los Homínidos y los antropomorfos?

Terminemos pensando con Moreaux: "Que el hombre permanezca siendo el hombre en todas las épocas en que se echan encontrados restos de su esqueleto", y que la teoría darwiniana de que, "por la acción de las fuerzas biológicas, ha sido elevado un grado en el puesto que ocupaba entre los antropoides" es insostenible ante el problema que plantea el orden psíquico; y el alma, las facultades creadoras superiores a través de las cuales se transparenta esa chispa divina del espíritu? ¿Cómo evolucionó?

POR  
ADOLFO FERMIN GUERRA  
ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

# Los "Spirituals" Negros

**C**UANDO, a principios de 1870, un coro de estudiantes negros de la Universidad de Nashville, en Tennessee, salió en jira por el Norte, para recolectar dinero para la institución, las canciones que cantaban eran piezas populares, como "El cuervo de John Brown" y los comunes himnos evangélicos de la época. Tanto en Nashville, como durante la jira, confesaron que conocían cantos de esclavos, pero que esos cantos les resultaban incómodos recuerdos de su reciente servidumbre.

Peró después de un tiempo, aparentemente a causa de insistentes pedidos de algunos de sus auditores, renunciaron a ese sentimiento y con esto hicieron un extraordinario suceso de los cantos de esclavos. En poco tiempo el coro de los estudiantes de Nashville se especializó en ellos, y el público musical aclamó lo que le parecía una nueva forma del canto.

Antes de mucho la primera colección de esos Cantos de Júbilo, como fueron bautizados, apareció. Los compiladores y comentaristas del Norte sabían poco, si es que algo sabían, del origen de estos cantos, aparte de lo que los mismos negros les contaron. La más cómoda suposición fue considerarlos propios de los negros nacidos en la esclavitud y "derivados del fervor religioso de los blancos".

En las siguientes décadas, sin embargo, algunas dudas se levantaron. Un comentarista, Wallaschek, declaró que no eran sino refundiciones de música europea. Pero luego los escépticos fueron silenciados, por un tiempo al menos, por la admitida autoridad de la palabra de un crítico bien conocido: Henry E. Krehbiel.

La argumentación de Krehbiel comenzaba con la tesis de que no hubo nada semejante a una expansión de motivos folklóricos en ninguna parte cercana al Sur, aparte de los esclavos. Luego analizaba un gran número de "spirituals", examinaba separadamente sus características, tales como modalidad, armonía, intervalos, tono, ritmo y estructura de las estrofas. Su conclusión era que todo demostraba la existencia de

un estilo aprendido en África y desarrollado en la tierra americana, bajo la esclavitud negra. El primero en replicar a Krehbiel con argumentos de cierta consideración fue Newman I. White, en su libro "Cantos del folklore americano negro". Su principal contribución fue en materia de textos de "spirituals". Aún antes de la aparición de este libro, los más competentes estudiosos estuvieron de acuerdo en que los negros se habían apropiado de algunos fragmentos textuales de los himnos del folklore blanco, pero el profesor White, yendo más lejos, señaló directamente los libros de himnos de las reuniones en el campo del siglo XIX y documentos más viejos aún, afirmando que estaba seguro de que revelaban las fuentes de los textos de los "spirituals". Y ordenó en formación de batalla una formidable cantidad de estrofas y de fragmentos de estrofas para probar su convicción.

El lado musical de la argumentación, no tratado por White, fue utilizado el año 1931 por Guy B. Johnson en su libro "La cultura folklórica de la Isla St. Helena". El doctor Johnson encontró en dos libros antiguos de cantos —con algunos cantos de reuniones campesinas entre ellos—, melodías que claramente eran la fuente de alrededor de una docena de tonadas o partes de tonadas ahora generalmente reputadas melodías negras. Johnson hizo más. Revisó los dos libros y encontró aquellas características melódicas que Krehbiel había calificado de puramente africanas. Pero aún frente a esta prueba de esencial identidad entre los cantos de las reuniones campesinas y los "spirituals" negros, hay quienes dudan. Los negros, dicen estos desconformes, estaban en el Sur mucho antes de que los blancos llegaran en cantidad digna de tomarse en cuenta.

¿Que cantaron todo ese tiempo, sino sus propios "spirituals"? En respuesta a esta objeción puede ofrecerse un poco de historia.

Las funciones religiosas fueron el medio favorito de los metodistas para combatir el demonio. En el interior de América la obra fue llevada a cabo sin control jerárquico alguno. Las sectas se tor-



naron menos importantes que la salvación, en manos de algunos extraordinarios predicadores. Las iglesias eran menos útiles y menos apropiadas que las reuniones campesinas.

En cuanto a los cánticos que traían esos pastores podemos decir, con el distinguido himnólogo Luis F. Benson que "pertenecen a la propia naturaleza del entusiasmo por las campañas protestantes en pro de la fe el desarrollo sus propios cantos". Los primeros metodistas de Inglaterra así lo hicieron Donald Wadsworth dice, en su biografía de John Wesley, que acostumbraban a usar las tonadas de salaces canciones populares y baladas escocesas. Por lo tanto esta tradición de la secta estaba establecida. En los Estados Unidos los himnos y

salmos himnos y cantos espirituales. El título de esta colección, "Cantos Espirituales" ("Spiritual Songs"), llegó a ser el nombre genérico de la nueva clase de cánticos creados en la atmósfera de la predicación, y fue usado por los campesinos blancos del Sur por espacio quizá de un siglo antes de que las hojas del programa del grupo negro de conciertos de la Universidad de Nashville lo diera a conocer a los auditores del Norte.

Las tonadas con que los textos de estos "spirituals" estaban enlazados eran, asimismo, el producto de las condiciones en que tenía lugar la predicación. Todo lo que los predicadores y los cantores pedían era simplicidad y cadencia.

Las funciones religiosas al aire libre se originaron en Kentucky, en 1800. Primero se extendieron a Tennessee y las Carolinas y luego a todo el resto de la nación. Fue durante la colonización del centro del Sur, entre los recientemente arribados escoceses,

en salmos himnos y cantos espirituales. El título de esta colección, "Cantos Espirituales" ("Spiritual Songs"), llegó a ser el nombre genérico de la nueva clase de cánticos creados en la atmósfera de la predicación, y fue usado por los campesinos blancos del Sur por espacio quizá de un siglo antes de que las hojas del programa del grupo negro de conciertos de la Universidad de Nashville lo diera a conocer a los auditores del Norte.

irlandeses, ingleses y alemanes, cubrir treinta de esos libros ovidados. Estaban en uso durante la generación que precedió a la pieza con "La Harmonía de Kentucky" (1815) y termina con "El Arpa Social" (1855). Los más antiguos no incluyen más que pocos cánticos de la especie que estamos investigando. En los últimos, en cambio, se ofrece un rico material para los estudiosos interesados en el génesis de las melodías de los "negros spirituals", de sus textos.

He examinado este material para establecer qué cantos habían sido extraídos de allí por los negros. No me ha sido difícil encontrar antecedentes a treinta y un cantos negros, entre ellos de los siguientes: "Oír el sonido de la Trompeta", "Pobre peregrino", "Viejo barco de Zion", "Estoy viajando hacia el sepulcro", "Algunos días", etc.

Las versiones negras muestran diverso grado de fidelidad con sus originales, tales como aparecen en los libros de cantos escolares. Los antecedentes de las más recientes canciones negras pueden ser determinados por un oído avezado. Las anteriores, en cambio, se parecen mucho al original. La razón de estos grados distintos de fidelidad es bastante clara. Antes de la guerra civil los campesinos blancos y los esclavos negros debieron cantar exactamente la misma cosa y mientras estas condiciones persistieron no podía haber una diferencia radical entre ambos. De ahí la gran similitud entre las primitivas recopilaciones negras y las versiones blancas de los libros escolares de canto.

Peró estas condiciones no persistieron. Durante el conflicto entre Norte y Sur la afición de los campesinos del Sur por sus reuniones religiosas campesinas comenzó a desaparecer. Nuevos tiempos, nuevas ideas. Organos himnos evangélicos, etc., fueron poco a poco poniendo en desuso los viejos "cantos salvajes". Peró entre los negros la boja del canto continuaba, fuera del control de la palabra o las notas impresas. El resultado, en el curso de dos generaciones más, fueron las divergencias de que hemos hablado.

Ninguna persona niega, establecida cual es la fuente principal de los "spirituals", que los negros han creado algunas canciones bellísimas, como "Deep River", "Swing Low" y "Steal Away", por ejemplo.

Incluso se puede decir que las variaciones introducidas por los negros a los cánticos blancos les inyectan una vida emocional que antes no tenían. Muchas veces son más bellos que sus antecesores.

POR  
**G. PULLEN JACKSON**  
ILUSTRACION DE GUIDA

# Sombras Sobre la Tierra

**E**L campo criollo suele dar alguna sorpresa literaria. Los poblados casi parecen imposible que sirvan para algo que no sea el dar vueltas de señoritas (figuras a mente tales) alrededor de una modesta plaza, el chismosear de viejas emparentadas de cerca con la más indecente ociosidad o el anacrónico escarceo político de quince o veinte caballeros decididamente reumáticos.

Esta idea nos viene no sólo de los fracasos de diversos señores propensos a la manía de trasladar al papel impreso todo lo que ven, sino de algunas experiencias personales que han originado la imperfecta descripción que de un pueblo lemos hecho más arriba. Imperfecta porque no se dejará de objetarnos, con mucha razón, que no todos los viejos son reumáticos y politiqueros, ni todas las muchachas calestas vivientes, ni todas las ancianas chismosas y haraganas incorregibles, por el sólo y en sí poco significativo hecho de vivir en un pueblo del interior. Y más imperfecta aún, casi calumniosa, podíamos decir, a causa de que nosotros, como los señores grafomanoes, nos quedamos en la orilla de esas gentes, las miramos con indiferencia solo sofocada de vez en cuando por el paso de una señorita más o menos bien moldeada o el sonido de una frase típica, que contenía en su interior ese inexistente, terrible color, que se ha dado en llamar "color local".

No hay alma que no pueda interesar, que no suministre de inmediato un material alucinante, si en la tarea se pone la intensidad humana que, junto con la capacidad creadora y algunos detalles técnicos que sería largo detallar, son las condiciones primordiales para diferenciar un novelista de un caballero atacado de la ofensiva manía de escribir porque sí.

Comprobación que surge de la lectura de una magnífica novela, "Sombras sobre la tierra", escrita por Francisco Espinola. La lectura de esta obra nos aparta instantáneamente de las bromas de mal gusto a unos pobres viejos reumáticos y a unas respetables señoritas que con esas al parecer inexplicables vueltas están moliendo nada menos que su destino y están soportando, como cualquiera de nosotros, un alma tráfida y descos y angustias y lentos recuerdos y desgarrados sueños.

Francisco Espinola habla de un pueblo criollo. Como tiene fe en sus fuerzas abandona el centro, con la vía blanca y las pequeñas pasiones que lo tuvieron a mal traer a Sinclair



Lewis en "Main-Street", y se interna en el bajo.

Es todo un símbolo el llevarnos allí, al principio de la novela, tras una perra, "Milonga", bien conocida en los burdeles. Puede haber un drama, en este mero hecho, pero Espinola, al abordar uno de los temas más abominables que pueda haber en la literatura, no nos quiere asustar previamente, como Kuprin con su "Yama" maldito.

La tragedia es conversada y, lentamente, como le gusta al criollo de verdad, trátase o no de tragedia. El alarido y la crispación rusa no aparecen por las páginas de Espinola; con lo que dejó dicho que no está emparentado con la creación nombrada de Kuprin y con otra, también esplendente en el horror, de Andreieff.

Menos, desde luego, con "La Maison Tellier", de Maupassant, o algo del género que firma Carco. Los incidentes y los personajes de "Sombras sobre la tierra" son auténticamente criollos, pero salvos del famoso color local tan agresivamente usado por los italianos que se disfrazan de gauchos en carnaval y por la sociedad y el crédito de la tradición y el

**ULYSES PETIT DE MURAT**



ambiente criollo generalmente evitada por los auditores de radio bajo el nombre de "Chispas de Tradición".

Lo que menos interesa en "Sombras sobre la tierra" es el personaje central, Juan Carlos, no consigue dibujarse netamente en una obra donde todos los perfiles, aun los que aparecen en cuatro líneas, son decisivos. Está envenenado por la literatura y algunos conocimientos generales que —cosa extraña— lo sacan de quicio. Se parece demasiado a ese antipático conformista con que todos hemos tenido que vernos alguna vez y que jamás explica las razones de esa insatisfacción.

En cambio las muchachas del Bajo y las regentas de las casas del Bajo —gente resignada al lodo, que aguanta con ese costado fatalista del carácter criollo la herejía de su destino— surgen en las páginas de Francisco Espinola netas, desgarradas, con un realismo que mueve las oscuras fuentes de la piedad hasta el llanto.

Tienen pasiones y sueños y ansiedades y, sobre todo, un comportamiento que se acerca con el de las bestias mansas. Uno siente como si Francisco Espinola las rescatara un po-

co, descubriéndonos que sus días atrozmente repetidos (recordemos el símbolo de "Maya" trasladado a la obra de Gantillon), donde el acto máximo de la creación se convierte en el abandono más lacerante de la intimidad femenina, están plenos de una vasta sed de ternura. Sed que halla su objetivo en figuras de pesadilla: vividores de gesto torcido y pronta agresión; en miserables remedos del amor que se ejercen sobre sus bocas gastadas, sobre sus carnes que no se sabe que esperan para convertirse en llagas vivas.

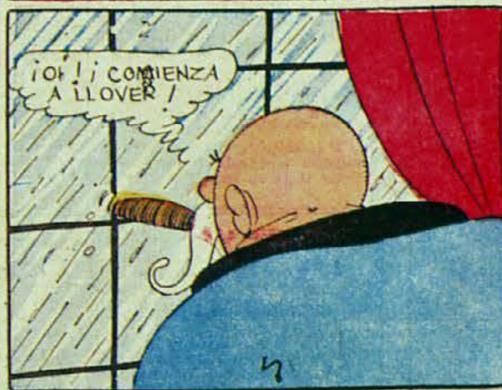
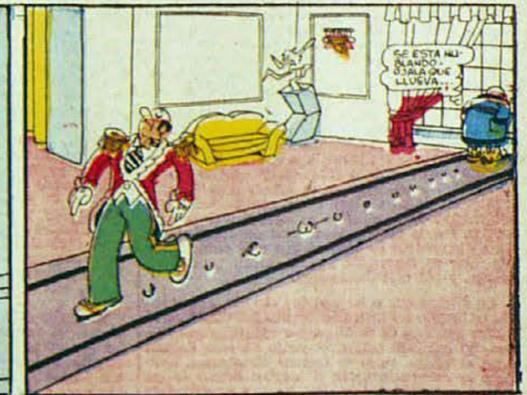
Y sin embargo el hombre encanallado que se acerca a ese borde, a ese límite, a esas afueras de la vida en que están esperando día tras día, noche tras noche, un poco de salvación unas cuantas muchachas trizadas por la injusticia de los hombres, así remedo de lejos a la ternura, así llegue a su vez al borde, a las afueras, al límite del amor, está seguro de ser ciegamente adorado, ciegamente consentido, hasta los más cenagosos arrabales de la humillación. Es que sea como sea, nos dice Espinola, "restituye criatura lo que los otros vuelven bestia". Y, además, "constituye su apoyo frente a la patrona, siempre ávida de ganancias, al comisario enamorado, al milico extramilitante y al patotero compadron".

Lo extraño es que este género de pasión, en la mujer, se torna espiritual. Nada importa a esta última ancla arrojada con desesperación en la ternura: ni el decorado leproso del vicio barato, ni las ocasionales palizas, ni el conocimiento de que el mañana oculta apenas un seguro drama: abandono, enfermedad, muerte. La intimidad deshecha de esas muchachas ya casi no reacciona en un sentido físico, "porque más que a un hombre, es al alma de su hombre lo que abraza quien vive "vendiendo su vida", como dicen por ahí", — afirma Espinola.

La arquitectura central de esta gran novela está hecha a semejanza de las viejas catedrales cristianas: poblada de gárgolas y demonios insaciables. Como verdaderas sombras sobre la tierra se deslizan sus protagonistas hacia el Bajo. Y ese Bajo, ese inmundado vaciadero, se alza junto a la ciudad como un remordimiento que aún no ha llegado a las almas indiferentes de los pobladores. Llega una sola vez, erizado de lenguas que sangran, pero en sueños...

Espinola ha visto su pueblo criollo con esa piadosa intensidad de alma de que nos habla el versículo de San Lucas, que le sirve de epígrafe: "Y como llegó cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella".

# El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



# LA VERDAD SOBRE LA TOXICOMANIA

EN medio de la escena se inclina una figura desecada. Su piel es amarilla, sus ojos febricitantes, sus manos temblorosas. Se halla en un estado de decadencia física que limita con la "debacle" absoluta; por ello en esos momentos cometería los crímenes más espeluznantes y crispadores de nervios con una frialdad, una fuerza y firmeza imposibles en un hombre de mayor salud, normal. Y es que él es un adicto a los narcóticos de romance, y la droga que toma, parece, lo transforma de un débil, cobardemente deshecho humano, en amenazante y brutal, asestando disparador de raras, que procede a balnear sin descomposición contra cualquiera cuyas manos no se alzan todo lo alto que él cree que puede hacerlo.

Sea un inhalador de heroína o un caballero de la aguja de morfina, este es el único adicto que hemos visto antes las candelillas, en la pantalla, o en la ficción novelesca. ¿Pero existe éste en realidad? ¿Los efectos de la inclinación a los alcohólicos son uniformes y esta criatura es su resultado inevitable? ¿Un adicto a los narcóticos siempre quebranta su salud y se convierte en amenaza para la propiedad y la vida de sus conciudadanos?

Las prisiones de la ciudad de Nueva York continúan anualmente mayor número de adictos a los narcóticos que los que pueden hallarse en cualquier otra localidad de los Estados Unidos, sino de todo el mundo. El diez por ciento de los hombres que se envían anualmente a la sala Welfare son adictos a los estupefacientes. Esto significa que, tan solamente en el año 1930, 1166 prisioneros de esta institución eran catadores de alcohólicos. Se ha hecho un estudio cuidadoso de los casos de estos individuos y se ha obtenido una información detallada acerca de los antecedentes de los mismos en lo que atañe a sus aficiones viciosas y criminales.

Primero, descubrimos que debemos descartar como posibles delincuentes, en el sentido comunmente aceptado, a una tercera parte de ellos en este grupo. Esos hombres han sido arrestados exclusivamente por haberse encontrado en posesión de narcóticos. Ellos no han caído en ningún acto antisocial tal como se entiende generalmente. No han causado daño a persona o propiedad alguna. Su posesión de drogas, fué simplemente, "prima facie", una prueba de que ellos mismos eran las víctimas de un mal hábito. Su crimen, fué un "malum prohibitum", no un "malum in se". En países donde la legislación no se imbuye con los hábitos personales del individuo, no existen tales "criminales" y las instituciones penales no se encargan de su cuidado.

Ahora, eliminando este tercer punto ¿llegamos a los dramáticos villanos que estamos acostumbrados a encontrarnos en la escena y en la novela? No todavía, pues del total restante, debemos omitir, en lo concerniente a los del año 1930, 450 prisioneros que ni siquiera han sido arrestados por la más mínima contravención a las ordenanzas, sino que comparecieron voluntariamente ante los magistrados para rogarnos que fueran enviados a cualquier institución que los curara del hábito de los estupefacientes.

Quedan por considerar una cuarta parte de nuestros presos por uso de narcóticos. La cuarta parte de delincuentes. ¿Son estos las escuálidas figuras viciosas que consagran la tradición genética que cometen crímenes de tal magnitud que solamente pueden concebir mentes empapadas en alcohólicos? Bien, aquí los tenemos. Y no podría descubrirse en ninguna parte grupo alguno de más trivales violadores de la ley... excepto en otras celdas en que se alojan aficionados a los alcohólicos. No se puede hallar entre ellos a ningún autor de esos crímenes que ponen los pelos de punta. Pequeños defraudadores, vagancia, conducta desordenada y otros delitos sin importancia... llenan la estadística.

El adicto a los narcóticos, en verdad, carece hasta del incentivo para cometer un crimen que realmente ponga los pelos de punta. Ni siquiera huye. Empero, algunos de los arrestados por tenencia de drogas, solamente un año entre muchos, registran antecedentes delictuosos. Pero ellos son hechos de una naturaleza comparativamente insignificante y en muy raras ocasiones pueden ser considerados como amenazas para la vida o la propiedad.

Más aún, en el grupo de delincuentes, debe hacerse notar un hecho peculiar. Un grupo apreciable aparece vinculado a pequeños robos, no debidos o influenciados por los narcóticos, ni debido a inclinación criminal alguna o ausencia de sentido moral, sino debido a que carecen de dinero para adquirir drogas. Habiéndose prohibido el comercio de estupefacientes, su adquisición se hace difícil por los precios. Por lo tanto, cuando esas criaturas afanasas de narcóticos no cuentan con más fondos para alimentar su inexorable apeto, roban para satisfacerlo, y por esto únicamente.

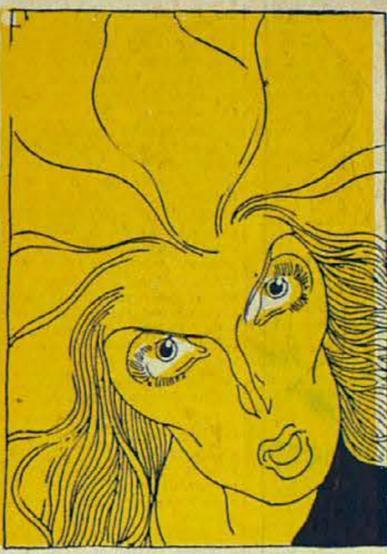
Se argüirá que si no tuvieran el vicio, nunca hubieran llegado a robar. Cierto, pero por otro lado, si fueran personas de recursos, por reducidos que fueran, no hubieran incurrido jamás en esos delitos. Aquí, el dinero, como en muchos otros casos, establece la diferencia entre el hombre detrás de las rejas y su igual lejos de ellas. Es esta necesidad de dinero para obtener narcóticos lo que establece la relación que algunos vinculan completamente entre los narcóticos y el delito.

De esto se desprende que si en lugar de una prohibición absoluta en el comercio de alcohólicos existieran estaciones de aprovisionamiento sostenidas por las municipalidades o por la filantropía privada para proveer de ellos a los adictos pobres, se lograría establecer definitivamente una valla contra la insignificante delincuencia de los apesados a los estupefacientes. Si ello sería discreto establecerlo, ante los posibles efectos de la propagación de su uso, es cosa que ignoramos. Ni tampoco es mi propósito aquí debatir acerca de lo que debe hacerse con el que se entrega a los narcóticos, sino solamente aclarar de qué clase de persona se trata.

Solamente el público excesivamente influenciado por la propaganda cree que el adicto a los alcohólicos es un delincuente desesperado. Aquellos que están en contacto directo con ellos — penalistas, médicos, carceleros y gentes así — saben que constituyen más bien un fastidio que una amenaza. Y los delincuentes lo saben también. El drogómomo dista mucho de ser un gran perdedor, cosa que tienen sumamente en cuenta los grandes perdedores para no tener nada que ver con él. "No lo carajo, que es un "basurita", es la exclamación común de advertencia de un delincuente a otro cuando se hallan discutiendo acerca de un tercero entregado a los estupefacientes.

Ninguna otra frase habría que decir, pues todos los malhechores temen al adicto a los alcohólicos más que a la policía. La razón está en que sus aficiones son individuos que pueden proporcionarles un buen dolor de cabeza de ser presos y quedar durante 48 horas sin su estupefaciente preferido, para luego vomitar cuando sabe al simple ofrecimiento de un poco de ello.

Si es que se trata de dar con los grandes desesperados, los pillastres a prueba de fuego y los reyes del crimen, no hay que perder tiempo buscándolos entre los entregados a los estupefacientes. A veces, por excepción a esta regla, como en cualquier otra, se da un caso en que surge un verdadero malhechor dado a los alcohólicos.



ILUSTRACION DE PASCUAL GAVIDA

des. Pero generalmente, el delito requiere una gran frialdad en su concepción y ejecución, aparte de coraje, y en muy rara ocasión los grandes delitos pueden perpetrarse por "aves de nieve" o "basuritas", como se los llama en los bajos fondos.

Pero tan establecida ha quedado la imagen del drogómomo convencional que a nadie se le ha ocurrido, en interés de su verdadero conocimiento, recoger todos los datos concernientes al "adicto" fuera de la prisión. Aun en las personas que en Estados Unidos se dedican por completo a extirpar los narcóticos del país — las personas que se hallan detrás de nuestra actual legislación — varían en sus cálculos acerca del total de adictos a los mismos entre 100.000 y 1.000.000. Es obvio que, si 450 personas se presentan anualmente por su propia iniciativa a las instituciones penales de Nueva York para su cura, cada año, — y nos parece que en esta cifra debe hallarse el promedio — el número de los que quedan afuera, poco dispuestos a ese encarcelamiento con su secuela de legajos policiales, debe ser inmensamente mayor.

Mientras tanto, si uno siente simpatía y surge admiración por los 450 que aceptan aun la prisión para librarse del confortante pero degradante vicio, no estaría demás que atendiera a lo ocurrido en un caso típico.

John Smith ha contraído el hábito de los estupefacientes. Se inicia con un 1/8 o 1/4 de gramo. Empero, se halla orgánicamente en tales condiciones, que presto

se habituó a esta cantidad. Esta dosis pronto deja de surtir sus primeros efectos, por lo cual la aumenta. Es mucho, descubre que el mantenimiento de su hábito le cuesta más dinero del que puede ganar. No tiene el valor de robar y desde un principio ha llegado a saber que, si es atrapado en posesión de estupefacientes, será arrestado y enviado a una de las prisiones de la ciudad, donde se lo someterá a una cura. En esta forma aparece ante un magistrado, admite que es un adicto crónico a las drogas, rogando a la vez que se lo recluya para la cura que lo hará libre del hábito que lo esclaviza. La cura consiste en reducirle gradualmente la provisión diaria de narcótico a que se hallaba habituado. Cuando el médico lo anuncia, es porque según éste, ya ha perdido el vicio.

El se halla en esos momentos exactamente como cuando empezó a entregarse a los estupefacientes.

Curado para el común de las gentes, quizá, para John Smith mismo se halla simplemente en condiciones financieras para retomar su hábito. Ahora puede volver a sentir las mismas sensaciones que experimentara antes con una fracción mínima de droga, en lugar de lo que le era últimamente necesario para obtener lo mismo. En otras palabras, su propósito al internarse en la prisión no fué de abandonar el vicio, sino el de ponerse en condiciones de costear su adicción dentro de la posibilidad de sus medios.

Este es el motivo en la mayoría de los casos de los que voluntariamente se someten todos los años a curas. Joseph McCann, director de la penitenciaría de Welfare Island, quien quizás posee mayor experiencia en materia de adictos a las drogas que cualquier otro director de penal de la Unión, nos manifiesta que centenares de adictos a los alcohólicos han manifestado francamente que no sienten el más remoto deseo de curarse realmente del vicio, sino simplemente reducir su costo.

Como el propósito en vista, de considerar más seriamente a los adictos a los alcohólicos en las prisiones de Nueva York, el director de cárceles, Mr. Patterson, con la anuencia del alcalde Mr. Walker, designó a comienzos de 1928 a siete facultativos de gran relieve, algunos de ellos sumamente expertos en materia de estupefacientes, para que efectuaran un estudio comprensivo de un grupo

de adictos que voluntariamente se sometieran al tratamiento.

Se estableció una guardia especial con ese objeto en el Bellevue Hospital. Se presentaron para ello voluntariamente trescientos ochenta hombres. El estudio se prolongó desde mayo de 1928 a mayo de 1929, y los informes a que dió lugar sugieren observaciones dolorosas, declaró la comisión:

"Muy frecuentemente se divertían secretamente ante las tentativas de "cura" para con ellos, mirando la empresa despectivamente, como fútil y como una pérdida de tiempo y dinero contra sus "derechos". Ello en parte explica su conducta irresponsable mientras se hallaron bajo tratamiento, la falta de aprecio de lo que se hacía por ellos y su tendencia general a la destrucción (ni una silla dejaron sana en su sala especial), mientras permanecieron confinados. Se traba una batalla constante entre el ingenio de los viciosos y aquellos que tratan de curarlos. Sus esfuerzos constantes tienden a anular por completo esas tentativas por todos los medios concebibles y de ello derivan un placer infantil y satisfacciones cada vez que logran burlar a los que vigilan por ellos".

Si bien estos hombres no son presos en el sentido común de la palabra, era necesario tener ante ellos permanentemente un guardia al efecto de evitar la introducción clandestina de narcóticos. Pues, aun aquellos que se someten voluntariamente a la cura, hacen todos los esfuerzos posibles para lograr la droga cuyo uso aparentemente están dispuestos a abandonar.

Lo mismo es exacto respecto a los adictos a los estupefacientes, cuya posición social hace fuera de cuestión la sinceridad de sus propósitos de curación. Es por esta razón que los pocos sanatorios que aceptan la curación de adictos a los estupefacientes, deben convertir su reglamentación interna en cosa tan estricta como la que rige en las prisiones, para mantener eficazmente la vigilancia sobre los pensionados allí, a fin de impedir que obtengan drogas.

Indudablemente, el principal motivo por el cual gastamos tanto dinero en la curación de los adictos a los narcóticos y obtenemos tan poco con ello, se debe antes que nada a lo poco que conocemos a su respecto. Los individuos y entidades que luchan por eliminar el mal inculcando el temor a las consecuencias de los estupefacientes, han pintado constantemente al vicioso de ellos como criatura anémica que tarde o temprano cae al margen de la ley, para ir a parar a manos de la policía. Se supone hasta por parte de penalistas que la mayoría de los viciosos de las drogas se encuentran entre los delincuentes. Pero, esta creencia se halla inspirada por la despreocupada teoría de las estadísticas de las prisiones situadas cerca de las grandes poblaciones que constituyen demostraciones típicas de todos los E. Unidos. Lo cierto es que si bien se cuentan grandes porcentajes de adictos a los alcohólicos entre los alojados en las prisiones de Nueva York y Chicago, y en un grado mayor o menor en otras grandes poblaciones de la Unión, existen centenares de cárceles en el país donde muy rara vez, si alguna, se recibe a un drogómomo.

Visitando las prisiones de todo el país durante los veinte últimos años, hemos podido comprobar en ocasiones numerosas que no solamente los guardianes y directores de penales sino los mismos de los establecimientos carcelarios no tienen noción exacta del problema de los narcóticos. Muchos de esos facultativos nunca, en sus años de ejercicio profesional, se vieron ante la necesidad de examinar un solo caso de vicioso de los alcohólicos. Pocos entre ellos llegaron a tener siquiera noticia del sistema Towne-Lambert, padre de los tratamientos en el género.

Los estudios hechos al respecto, seriamente, demuestran que la mayoría de las personas que se entregan a los alcohólicos son gentes bastante pacíficas. Quien esto escribe, quedó un tanto asombrado al comprobar que uno de los médicos de su relación, llevaba a sus narices un poco de heroína, mientras conversaba tranquilamente conmigo en su consultorio. Me confesó que había estado usando estupefacientes desde hace veinticinco años. Y ese médico es uno de los hombres más respetados de la localidad en que vive. Después de eso, he sabido por declaraciones de médicos especializados en drogómomos, que hay miles y miles que son adictos a los narcóticos como el facultativo citado.

La mayoría de éstos, usan los narcóticos año tras año, sin que ello signifique para nada una amenaza para la sociedad. Son personas que toman cierta cantidad de "gramos" todos los días, pero que no aumentan la dosis. Cuentan con trabajos estables... muchos de ellos llegan a desempeñarse en altas posiciones, mantienen a sus familias y, por lo demás, se conducen como el común de los ciudadanos. Cuentan con dinero suficiente para proveer de narcóticos y, por lo tanto, no entran en conflicto con la ley. Constituyen la gran mayoría entre los adictos a los alcohólicos y son completamente inofensivos.

En nada, la mayoría de éstos, presentan algún estigma por obra de su hábito. Contrariamente a la creencia corriente de que los aficionados a los narcóticos se convierten rápidamente en ruinas físicas, el uso de ellos parece causar poco daño a su salud personal. Ni siquiera puede afirmarse de cierto que acorte la duración de la existencia.

Un estudio hecho entre 1.166 hombres, confinados en la penitenciaría de Welfare Island durante el año 1930, corrobora la veracidad de estas afirmaciones. Y por más que los adictos a los estupefacientes suelen faltar con suma frecuencia a la verdad, sus declaraciones fueron comprobadas hasta donde esto es posible.

Por este estudio se ha logrado saber que entre los 1.166 alojados en la cárcel en cuestión, muy pocos entre ellos habían usado narcóticos menos que durante cinco años; un 50 por ciento los había usado durante diez años o más y, posiblemente, del 20 al 25 por ciento durante quince o más años, mientras que el 10 por ciento restante era aficionado a ellos desde hacía más de esos quince años. Pero ni aún esto nos dice la historia, pues se han dado casos conocidos de personas que han sido aficionadas a las drogas durante dieciocho, veinte, veinticuatro años, y he conocido uno que se entrega a ellos hace 48.

Declaran funcionarios de esas instituciones que han tratado con hombres de setenta años de edad que han usado de drogas durante cincuenta años o más, en forma continuada. Muchos de éstos, claro está, evidencian una pobre salud, pero numerosos otros se mantienen con una salud admirable... en estado de salud que se aproxima a la de aquellos que no son aficionados a los alcohólicos y que han llevado una existencia de disciplina e irregularidad. La gran mayoría de los adictos, una vez que han abandonado el uso de estupefacientes, engordan con asombrosa facilidad con simplemente regularizar su vida. Con sólo pocas semanas de este régimen gozan de perfecta salud en la mayoría de los casos, a pesar del hecho de que algunos de ellos se entregaron durante treinta, cuarenta o más años al vicio en cuestión.

Esto prueba que el uso de drogas no mina la constitución física.

## POR Joseph Fulling Fishman

Se le llama a esta cantidad. Esta dosis pronto deja de surtir sus primeros efectos, por lo cual la aumenta. Es mucho, descubre que el mantenimiento de su hábito le cuesta más dinero del que puede ganar. No tiene el valor de robar y desde un principio ha llegado a saber que, si es atrapado en posesión de estupefacientes, será arrestado y enviado a una de las prisiones de la ciudad, donde se lo someterá a una cura. En esta forma aparece ante un magistrado, admite que es un adicto crónico a las drogas, rogando a la vez que se lo recluya para la cura que lo hará libre del hábito que lo esclaviza. La cura consiste en reducirle gradualmente la provisión diaria de narcótico a que se hallaba habituado. Cuando el médico lo anuncia, es porque según éste, ya ha perdido el vicio.

## Museo de la Confusión

### POR Animula Vágula

Dibujos de Rodriguez

mi parecer notable al simple golpe de vista. Alguna perilla, trozo de funda, resto de sábana o fragmento de elástico saliendo por la nariz, las orejas o la boca del amebulado tenía forzosamente que llamar la atención.

De cualquier manera debemos agradecerle al crítico el descubrimiento de este nuevo adnicio de uso interno que desde ya podemos agregar a los jardines, al fuero y a la voz interior.



Nos relata luego el señor Jáuregui como la poetisa quedó ciega y nos trae una especie de paralelo entre la situación de ésta y de cierto nonato teórico creado ex profeso con el objeto de identificarlo con las reacciones y sentimientos de Vicenta Castro en la ocasión. He aquí el paralelepípedo:

Si al niño le faltara el calor de las alas de ese ángel que con un grito de dolor, de misterio y de dicha lo anexa a la palpitación terrena; si al niño le faltara el abrigo de unos brazos donde poder dejar caer sus lágrimas tempranas; si al niño le faltara la inconfundible voz que dibuja en su oído, como con tiras de colores, el nombre que le han puesto;

La cruz de sus días amargos. Como a las desgracias no les gusta llegar solas, una enfermedad infecciosa le roba la vista, dejándole casi sordo.

La desgracia de ser huérfano. Yo creo que si alguien le hubiese advertido a la damnificada:

Si al niño le faltase cualquiera de estas tres cosas sería el más feliz del mundo, sobre todo si lograra capear con facilidad las inscripciones de tiza en los timpanos, los tatuajes en el pabellón de la oreja izquierda y los miembros alusivos al Giacomo o al Pietro en el estribo, el yunque o el martillo.



Más adelante, relatando e n detalles el origen de la ceguera de la heroína, expresa:

Y la chiquilla, fracturada la columna vertebral, comienza a llevar sobre su torcida espalda

## VINOLEANAS

Si el Estado pasara a todos los funcionarios una circular, en que les hiciera notar que la vida es un préstamo usurario a corto plazo, es posible que mejorara el servicio de las oficinas públicas.

Haciendo un agujerito en el medio de una piedra calcárea y echando agua, se consigue disolverla. Muchas reputaciones se pueden licuar, sin necesidad del agujero.

Con observar la carrocería, los pantalones, los botines y las uñas (de las manos), de la mayoría de los hombres, se podría escribir un libro de lo que es el hombre, más allá de estas piezas.

Muchos de esos "caballeros", galantes que ofrecen los asientos a las damas, en los tranvías, son capaces de darle una patada a sus propias madres, en la misma boca del estómago.

Todo hombre bueno, para vivir en paz, tiene que dedicarse a ser un poco canalla.

¡El talento!, he ahí una cosa que deberíamos tener todos los que escribimos, aunque sea por un par de horas, para no volver a escribir nunca más.

El día en que los hombres pueden venderse como las vacas y los caballos, el mercado se viene abajo.

¡Por qué hacen resar con tanto fervor a los niños? ¡Será preparándolos para las infamias que cometerán cuando entren a la vida? ¡Como esos gordos que toman aspirinas por si se enferman!

El ciudadano que sea corrompido y lo evidencia a los ojos de todos, jete si que es un hombre integral.

Hay conferencistas, que los aplausos que cosechan, los deberían recibir con árnica.

Si es exacto que hay verdad científica, siempre será fugaz de color, de la verdad filosófica.

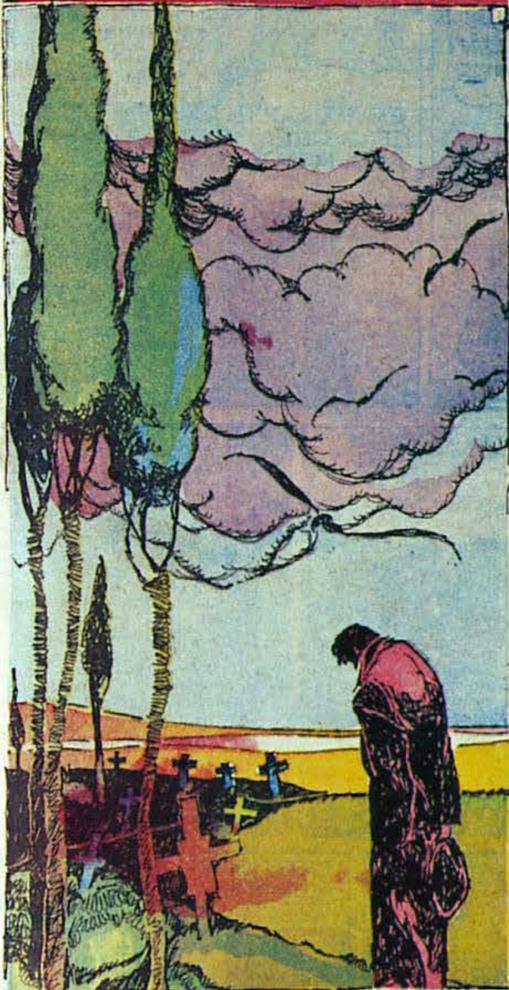
¡El desprecio edificat! Véase todos los edificios que se han hecho a base de limosna, que es la forma instrumental del desdén.

Las alegrías deben ventilarse en las plazas públicas. La luna de miel, por ejemplo, que es la más saludable de todas ellas.

Una forma de quedar bien con los gobernantes, es decirles que la mayoría de los grandes hombres, fueron idiotas.

### POR Omar Viñole

# CEMENTERIO EL CAMPO



AL amanecer reanudaron la marcha a través del desierto, por campos aridos y vacíos, de un eterno color de pasto calcinado. Comenzaban a sentirse extenuados. El oficial Villarino cabalgaba adelante; un sargento y un gendarme —llamados Basualdo y Gilardi, respectivamente— lo seguían.

Habían salido de Manquichao en persecución de Ciriaco Galván, bandolero que de tiempo atrás tenía atomizada la campaña con sus fechorías. Primeramente habían seguido las vías del ferrocarril hasta Valcheta; luego de allí habían iniciado la travesía desolada hacia el Norte, parando en los pocos poblados que hallaron al paso, pernoctando donde encontraban unos árboles que le cobijaran, descansando a veces a la sombra de los caballos, en mitad del camino. Dos veces habían estado a punto de echar mano al bandolero, quien, ignorante tal vez de que era perseguido, se había demorado en distintos lugares para comer o dormir. El gendarme Gilardi era algo rastreador, de modo que era prácticamente él quien dirigía la búsqueda. La tarde anterior, al costado del sendero, habían hallado los restos de un fuego cuyas cenizas estaban tibias todavía. Ahora marchaban por entre campos apacados, en dirección a una pequeña llama de color, distante media legua, más o menos. Cuando llegaron, el sol ya estaba alto. Debían de ser las nueve de la mañana. Era un pequeño bosque de árboles amarillentos, cuyas hojas comenzaban a alfombrar el suelo. Adentro, en un claro, se veía un rancho, herméticamente cerrado y silencioso.

—¿Ahí vive la Silvina, dijo Basualdo.

—¿Quién?, interrogó el oficial.

—La Silvina, una viuda medio india y no mal parecida, por cierto. A lo menos, ahí vivía el año pasado, según supe en Valcheta, donde he solido verla, también, vendiendo leña.

Se separaron. Gilardi dio un rodeo y se dirigió hacia el rancho por los fondos. Los otros dos lo abordaron por el frente. El silencio sólo era cortado por los gritos de los pájaros que se percutían entre las hojas. Con el revolver en alto, Villarino dio un formidable puntapié a la puerta, que se abrió de golpe. Adentro, en la única pieza del rancho, un hombre se incorporó en la cama, sobresaltado. Era Ciriaco Galván. A su lado, una mujer abrió los ojos, semidormida, y dio un grito.

Los policías se precipitaron al interior, esgrimiendo sus armas. Galván vació una fracción de segundo.

—No se resista, porque es inútil. Levántase, ordenó Villarino.

—¿Y qué me he de resistir? — contestó el otro. — Esta vuelta es suya, ya se ve.

—Pues se ha dejado ganar la última, amigo.

—Tal vez, nomás. Para ser la última, no ha sido tan mala... — y miró con intención a su compañera. — No he de ser el primero a quien pierda una de éstas...

—Bueno, vístase. Y ustedes, revisen el rancho.

Galván comenzó a vestirse, parsimoniosamente, en tanto los otros dos hombres se dedicaban a revolver los cajones y trapeos que constituían el mobiliario de la habitación.

—Usted también, doña; vístase. Va a venir con nosotros.

—¿Yo? Pues sálgase afuera si quiere que me levante. ¿O se ha creído que me voy a vestir a la vista de todo el mundo?

—Sí, pues. La señora tiene razón. Hay que ser atento con las damas, don.

—Con las damas, sí. Pero... Bueno, está bien. Cuando usted esté listo, esperaremos afuera.

Así se hizo. Una vez que Galván se hubo acabado de vestir, Villarino le indicó que marchara adelante y, apuntándole todos con sus armas, salieron del rancho.

No habían transcurrido cinco minutos cuando sonó una detonación. Gilardi se llevó las manos al pecho, dio unos pasos, tambaleante y rodó finalmente por el suelo. Por un momento sus compañeros, completamente desorientados, no supieron qué hacer. Por fin, Basualdo se agachó sobre el caído y el oficial Villarino, volviéndose hacia el rancho, tuvo la explicación de lo que pasaba. En la ventana apareció la Silvina, empujando un revolver. Villarino reaccionó instantáneamente y acercándose al bandolero, le puso el cañón de su arma junto a la sien.

—¿Si tira, lo mato! — amenazó a la viuda.

—¿Era para vos, maldito! — vociferó ésta.

Basualdo se enderezó.

—Está muerto, murmuró con pena. Luego, apuntando a la mujer, le dijo:

—Salí, desgraciada, si no querés que te mate como un perro. Y desahogó su rabia cubriéndola de insultos e improperios. Galván la miró con reconocimiento.

Sujetaron el cadáver de Gilardi al lomo de su caballo, aseguraron convenientemente a los presos y, con éstos a la cabeza, la china en ancas del bandolero, se pusieron en marcha.

Esa noche llegaban a las inmediaciones del río. De allí debían remontar la orilla varias leguas para encontrar el primer pueblo donde poder entregar los detenidos. Calculaban llegar a la tarde siguiente. Se dispusieron, pues, a acampar. La región era una vasta zona anegadiza, totalmente cubierta de esa vegetación enmarañada y recia de los pantanos, en la que alternaban los sauces, los

Si corre sombras, láminas de plomo la tierra muerden y se arquea el lomo de la caja de pino ya podrida. La Muerte y la humedad, en su tarea. Que por las ramas de un ombú pasea la cigarra, jarana de la vida.

Rumla el camino su distancia larga por donde vienen muertos, en la amarga mañana de verano, toda yuyos. Camino que conduce al caserío. Allí se labran muertes en el frío y templada amores el calor y orgullos.

Ronda el ganado su parcela escasa. —Móvil redondel de espesa grasa— ¡Oh, vidas que prescinden del misterio! Vidas que flotan bajo el sol radiante. La tierra es buena y el dolor constante, en la herida sin voz del cementerio.

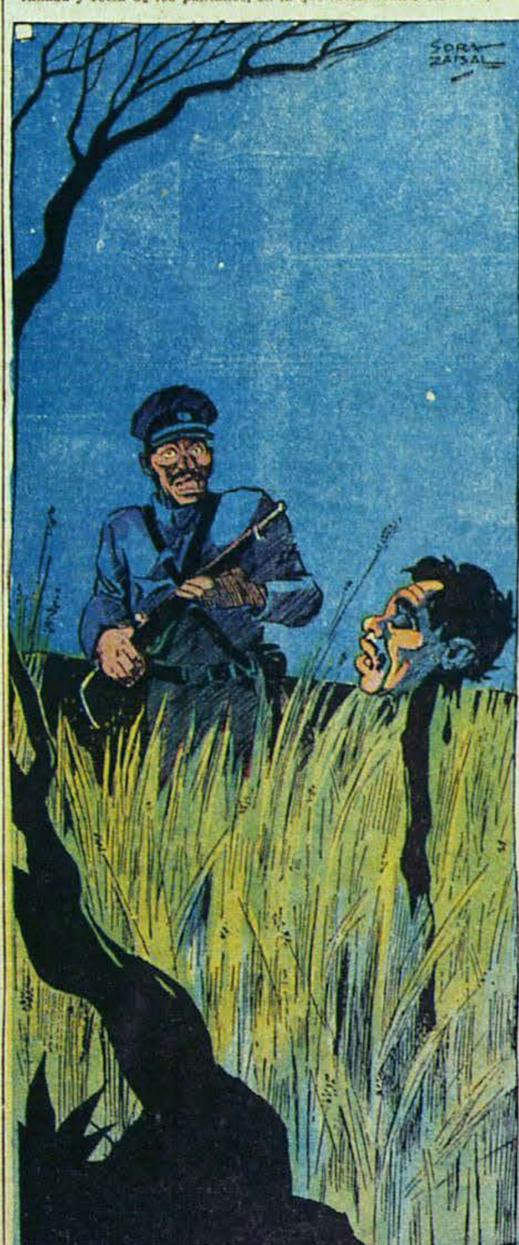
Sepulturas se ven pasar y el cielo tiene una nube muerta que en el suelo es tatuaje de cruces y de ex votos. Composanto que sube y no se extiende. Que la llanura es brava y se defiende huyendo en el galope de los potros.

Si la lluvia molesta su constancia de cementerio, mancha en la distancia; si la tormenta su humildad provoca, dice un nombre una lápida de cinc, —perdido en el hurrumbre y el orin— un nombre que se escapa de la boca:

Rosa Clara González, hija mía... Y la brisa rozó mi frente fría. Quince abril... Y el aire se deshizo, tomó colores, se posó un instante en la tranquila cruz y el anhelante labio profano enrojeció el hechizo.

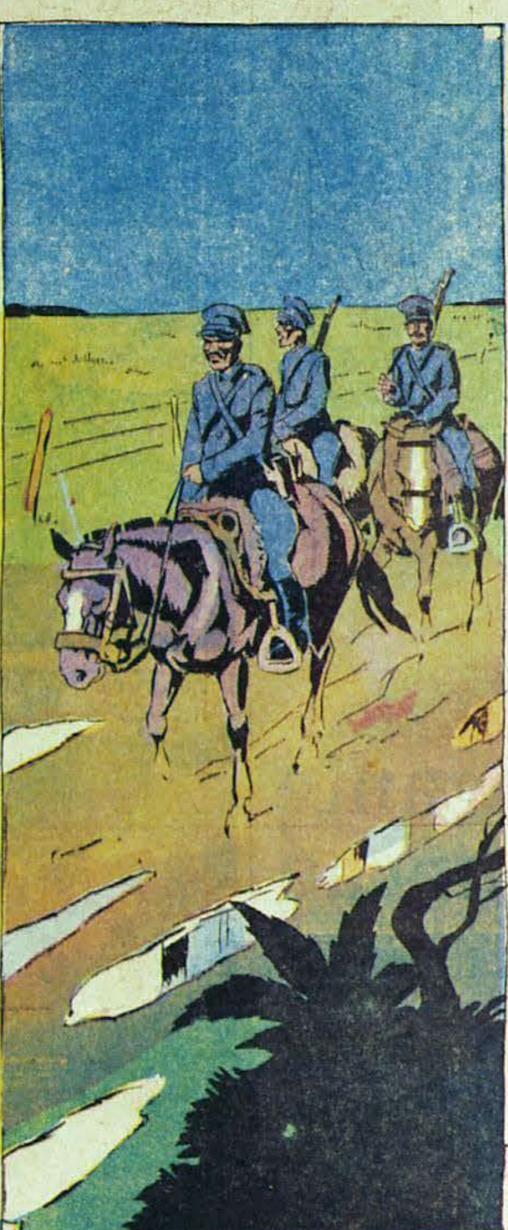
¡Oh, prolongada sombra de las cruces en el ocaso de postreras luces! Lenguas que lamen la pradera mustia. Se aleja el composanto de las fosas desprendiendo sus negras mariposas. Prolongación de cruz, es siempre angustia.

Siento enterrados en móvil pozo, aquel niño que fui para mi gozo desconocido ahora y sin historia, y, aquel adolescente sin sosiego sordo a la muerte, parlanchín y ciego. Les doy espacio y luz en mi memoria.



# La Huída de Ciriaco Galván

Juncos, la paja brava y las enredaderas. Los policías estremaron la vigilancia de los prisioneros. No se les ocultaba que una huída entre esos matorrales tenía muchas probabilidades de éxito. Villarino recordaba que ya otra vez, en ocasión de ir acompañado de un gendarme en persecución del mismo Galván, éste se le escurrió de entre las manos. Se habían internado en un maizal, donde sabían estaba escondido el bandolero. Marchaban dificultosamente entre las altas plantas, cuando un bullo negro que salió súbitamente entre sus piernas y escapó con la agilidad reptil de una sabandija, los dejó estupefactos. Ante sus ojos tenían la madriguera del bandido: era un pozo, una verdadera cueva, tapada con plantas y hojas secas. El foragido huía en tanto, en cuclillas, entre los maíces, a una velocidad pasmosa. Cuando ellos quisieron apuntarle con sus armas, ya había desaparecido. Fue en vano que después recorrieran varias horas el extenso maizal, en todas direcciones. No lo volvieron a encontrar.



De modo que esta vez estaban aleccionados. Acamparon en un claro, bajo los árboles. Desensillaron los caballos. Algo distante, envuelto en unas mantas, entre la maleza, depositaron el cadáver del gendarme. Se dispusieron a comer algunas provisiones que llevaban. Colgaron la linterna eléctrica de un árbol, y se sentaron en el suelo, en el círculo de luz que proyectaba. En torno de ellos, la tenue claridad de una luna incipiente llenaba de sombras movilizadas la confusa maraña. Acercaron alimentos a los presos, que se quejaban de hambre. Galván pidió que le desataran las manos para comer.

—No es posible, contestó Villarino. Lo más que podemos hacer es desatar a la Silvina, para que ella lo ayude.

Comían silenciosamente. El oficial tenía el revolver en el suelo, al alcance de su mano. El sargento Basualdo había cruzado la cabeza sobre sus rodillas, en dirección al bullo que formaban el bandolero y la mujer. Esta pidió un cuchillo. Cortaba los trozos de carne y se los daba a Galván, que los recibía en la boca con cierta cordialidad. Sólo de cuando en cuando ella destinaba uno para sí. La noche era fría y neblinosa; la humedad penetraba hasta los huesos. Los hombres distribuyeron mantas y se arroparon. En seguida de comer, Galván empezó a quejarse, apretándose el vientre. Primero fueron débiles quejas, luego fué un lamento continuo. Culpa a sus guardianes de haber querido envenenarlo. Estos, al principio, no le hicieron caso. Por fin, Galván dio a entender lo que le ocurría. Los policías se mostraron poco inclinados a complacer su pedido. Pero el bandolero continuó quejándose, Villarino tomó la carajina de deliberar brevemente con el sargento, y que vigilara a la viuda, ordenó a Galván que anduviera. Este caminó un trecho, hacia la espesura, en dirección a donde estaba el cuerpo del gendarme muerto. El oficial lo seguía con el arma pronta. Galván se internó en la maleza, hasta quedar inmediato al cadáver. Allí se agachó. Villarino se quedó unos veinte pasos atrás y echándose al hombro el fusil apuntó a la cabeza del delincuente, única parte de éste que se adivinaba sobre la vegetación.

—Si se mueve de allí, lo mato — advirtió.

—Pierda cuidado, contestóle el otro.

Pasaron pocos minutos. La cabeza de Galván desapareció bajo los yuyos.

—¡Levante la cabeza, o disparo! — ordenó Villarino, avanzando, alarmado. Pero aquella reapareció en el acto, emergiendo de los yuyos casi hasta la nuca. Villarino se tranquilizó.

Pasó un rato, que se le hizo interminable. Comenzaba a impacientarse. Pero aún esperó unos minutos. Por último indicó al bandolero que se apurara. Este pareció no haber oído, pues no contestó. Villarino divisaba siempre su cabeza, inmóvil, en el mismo sitio. Al rato, perdida la paciencia por completo, le ordenó que volviera. Una vez más, no obtuvo contestación. Entonces Villarino, no sabiendo cómo explicarse ese matismo, se acercó al lugar en que se encontraba el bandolero. Cuando estuvo allí, un grito de horror se escapó de sus labios. Sintió que la piel se le encogía. Clavada en un palo, oscura, ensangrentada, estaba la cabeza degollada del gendarme Gilardi.

Volví corriendo a avisar a su compañero. Atraron a la mujer a un árbol para que no escapara, y montando a caballo, en pelo, se internaron en la maleza. Por varias horas se escuchó el chapotear de los caballos, el ruido de las plantas destrozadas, los gritos de los hombres, algunos tiros disparados al azar.

Por fin volvieron, desalentados, al lugar del campamento. Allí les esperaba una nueva sorpresa: la mujer había desaparecido.

La derrota relajó todos sus músculos. Se sintieron jugueteos de ese mundo hostil que los rodeaba. Parecía que desde las sombras los ojos de Galván se burlaban de ellos...

# Voces

Qué espíritu de mona tiene esa chica que, en el tranvía, saca el espejito y el "rouge" y se pone a pintar los labios mirándonos, primero, de reojo.

Un ciudadano naturalizado en X es un ciudadano desnaturalizado de Z.

Lo que me reconcilia con el teléfono es que, para los pobres de espíritu, sirve para pedir dinero prestado a los amigos.

El elegante del tranvía ha comprado un diario; lo ha ojeado columna por columna y página por página, de cabo a rabo. Sería inútil preguntarle qué ha leído. Mientras rebaseaba su vista por el papel impreso sólo veía sus guantes, sus sombreros, sus zapatos, sus calcetines, sus corbata, su cuello, la raya de su pantalón de fantasía. El elegante, por más que mire, nunca ve nada ni a nadie. ¡Sólo se ve a sí mismo!

Hay que crear el Día del Biberón Nacional para amamantar a los poetas hambrientos que, algún día, habrán de dar lustre a la patria.

Hay panzas tan insolentes que siempre que las ves despiden desos de pegarle un tiro en la insolencia.

No hay nada que ponga más de manifiesto la vanidad del hombre que ese tipo, que tanto abunda entre nosotros, que pasa por doctor sin serlo.

Nunca nos lamentaremos bastante de haber venido al mundo de las letras en esta gran ciudad donde median las medianías desvergonzadas y donde se hunden los talentos dignos, los talentos auténticos.

Vale más ser escritor con faltas de ortografía que erudito chirle, erudito huero, erudito estéril.

Si a mí me eligieran presidente de una república, mi primer acto de gobierno consistiría en dejar acáfla la presidencia, porque nunca podré desempeñar un puesto en el que, fatalmente tienen que cometerse muchas injusticias.

En general los clérigos tienen un espíritu cavernario y de ultratumba por la manera fúnebre que tienen de vestir.

Con la melena, las mujeres se han quitado un peso enorme de encima... Se han hecho más ligeras... más ligeras de cascos.

El malvón tiene un obsesivo sabor a drama de barrios bajos. Sabor a crimen, a sangre. Huele a mala vida... Es la flor del pobre.

¡Ten en cuenta que, al que se hincha, si alguien lo pincha lo revienta!

El pensamiento es un mal género literario porque sólo sale de la cabeza.

No hay destino más triste que el de las estatuas, condenadas a estar siempre en la misma postura.

El bigote de Guillermo II... es el más insolente de los bigotes.

Hay libros nuevos, anodinos, estúpidos, que no resisten la encuadernación: libros que si se encuadernan se sienten molestos, lo mismo que esos pobres seres a quienes por irritación se les viste con un traje bien cortado y caro.

El vigilante, erigido católicamente en la heroicidad de los zapatos, es el anticipo de su estatua, es la estatua del vigilante.

Esa muchacha humilde y con mono parece, entre las demás, una cosa de museo.

No se pueden, no se deben poner los libros cabeza abajo por temor a un derrame cerebral.

Indudablemente, existe el bien educado nato; el bien educado incorruptible; ese señor que al ocasionarnos la más insignificante molestia en la calle o en el tranvía, nos pide disculpas con una buena educación natural, conmovedora.

El cuervo es un lacayo o pompas fúnebres.

Hay chicas bonitas y coquetitas, que, cuando se les echa un pipro, se las ve alejarse moviendo nerviosamente la cola.



Esos hombres que arrancan árboles para hacer playas para automóviles, merecen ser atropellados por la más apocalíptica de las bestias ciudadanas: por el ómnibus.

Una personalidad recia: un carácter recto, firme, entero, es, para el común de los mortales, algo inconcebible, algo intolerable, algo indigno, algo que no se puede tragarse.

Cuando somos jóvenes, para combatir ciertas cosas, ponemos todo el fuego y todo el ardor de la juventud; y cuando va madurando la breva, las mismas cosas las combatimos con un poco de ácido corrosivo.

Calidad, no cantidad; no cesaba de repetir mi pobre amigo: en arte hay que llegar al esqueleto de las cosas... Hasta que se murió nunca se le caían de los labios los versos de Nietzsche que resumían, en alguna manera, su estética:

¡Ten en cuenta que, al que se hincha, si alguien lo pincha lo revienta!

El pensamiento es un mal género literario porque sólo sale de la cabeza.

No hay destino más triste que el de las estatuas, condenadas a estar siempre en la misma postura.

El bigote de Guillermo II... es el más insolente de los bigotes.

Hay libros nuevos, anodinos, estúpidos, que no resisten la encuadernación: libros que si se encuadernan se sienten molestos, lo mismo que esos pobres seres a quienes por irritación se les viste con un traje bien cortado y caro.

El vigilante, erigido católicamente en la heroicidad de los zapatos, es el anticipo de su estatua, es la estatua del vigilante.

Esa muchacha humilde y con mono parece, entre las demás, una cosa de museo.

No se pueden, no se deben poner los libros cabeza abajo por temor a un derrame cerebral.

Indudablemente, existe el bien educado nato; el bien educado incorruptible; ese señor que al ocasionarnos la más insignificante molestia en la calle o en el tranvía, nos pide disculpas con una buena educación natural, conmovedora.

El cuervo es un lacayo o pompas fúnebres.

Hay chicas bonitas y coquetitas, que, cuando se les echa un pipro, se las ve alejarse moviendo nerviosamente la cola.

por ENRIQUE AMORIM  
ILUSTRACION de GUIDA

POR  
RAUL RIVERO OLAZABAL  
ILUSTRACION DE SORAZABAL

Por  
Pedro Herreros  
Ilustración de RODRIGUEZ



# El Alma Danzante de Isadora Duncan

“E L carácter de un niño está totalmente dibujado en el seno de la madre en la época inmediatamente anterior a mi nacimiento, mi madre sufrió una honda crisis espiritual: su situación era trágica. No podía tomar ningún alimento, como no fuesen ostras y champaña helados. Si se me preguntara cuándo empecé a bailar, contestaría: “En el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras y el champaña, el alimento de Afrodita”.

*“Zarathustra el bailarín, Zarathustra el ingrátido, que hace señas con sus aloncos, ya dispuestos para el vuelo que hace señas a todos los pájaros, apesadumado y a punto de lanzarse, espíritu ligero y lleno de gracia”.*

La exposición de 1900 — esa exposición que fué el límite entre las dos estéticas, — hasta su muerte en 1927, todo fué una sucesión de dolor y magnificencia, de amor y de miseria, de lujo y de arte, de innovación y de gloria, de caídas desesperadas y de ilusiones siempre nuevas.

Isadora Duncan, una de las mujeres más amadas que se hayan conocido, no fué nunca feliz en sus amores, tempestades sucesivas. En sus enamorados, y según la calidad intelectual de éstos, despertaba sentimientos contradictorios. En unos, un sentimiento de religiosidad que la apartaba de ellos, de su verdadera ternura. En otros, como en Gordon Craig, el gran escenógrafo irlandés, de temperamento artístico muy pronunciado, una especie de rivalidad intelectual, que se interponía entre ellos y su cariño. Se puede decir que toda la vida afectiva de Isadora, pasando por la trágica muerte de sus dos hijos, — en abril de 1913, — que cayeron al Sena desde un coche cuyos caballos se habían desbocado, hasta el suicidio de Sergio Essenin, el gran poeta ruso, con quien ella se casó en la Unión Soviética y que se suicidó después de su separación.



En un pueblo a la orilla del mar, y ya tocada por ese sello de hermosa anomalía, nacía entonces Isadora Duncan, la danzarina que trajo de nuevo a los hombres la verdadera danza, desde los pies de las victorias posadas sobre las muertas moradas griegas; de las victorias vestidas de viento...

La danza había sido llevada al cautiverio, poco a poco, con un refinamiento siempre mayor que la desvirtuaba y la convertía, sucesivamente, de rito en espectáculo, de espectáculo en diversión de unos pocos.

En Norte América, de padres irlandeses, nació la liberadora de los movimientos puros, la que unió indisolublemente los gestos de todo el cuerpo y la plasticidad de los ágiles miembros libres a toda la música, e interpretó en danzas, para los ojos que veían la belleza, músicas hasta entonces circunscriptas a los oídos. Sacrilégio para las mentalidades conservadoras, esto la convirtió en el ídolo de todos los que querían, rompiendo con los viejos moldes, encontrar una belleza más libre. Y los que éramos demasiado jóvenes para verla danzar entonces, ahora la vemos como un símbolo espiritual magnífico a través de sus propias palabras.

No estaba sola en su gran sueño casi irrealizable. Ella quería envolver al mundo en su pequeña túnica griega — su único adorno — y lo desafiaba con el tremendo coraje de ser tan sólo ella misma, en una época en que todo el mundo enterraba su “yo” bajo los más desplazados prejuicios. En su vida extravagante y ardiente fueron siempre sus compañeros su madre y sus hermanos, con los cuales emprendió las más descabelladas aventuras. A cada momento la realidad los llamaba al orden, pero estas criaturas, que parecían venidas de otro planeta, nunca se desanimaron. Y desde su llegada a París durante

fué sólo una sucesión de dramas a los que ella aportaba el personaje principal: su corazón sensibilísimo, estuche de todos los dolores.

Entre los hombres que la amaron, además de Gordon Craig y Essenin, estaban André Beaunier, Henri Bataille, D'Annunzio — quien en su papel de conquistador de oficio promovía la ironía de ella, — y muchos otros artistas, músicos y poetas de casi todos los países que ella visitaba. Su belleza sembraba la pasión, como sus gestos sembraban el ritmo y la musicalidad.

En mayo de 1910 visitó la República Argentina. Y en sus recuerdos se destaca con singular precisión el de la primera noche que pasó en Buenos Aires, en un cabaret de bohemios y estudiantes. Nunca había bailado el tango. Pero, al ceder al ruego de su acompañante, empezó a bailar y le pareció que siempre había conocido la languidez apasionada de esa música. Alguien le dijo que esa noche festejaban la conmemoración de la independencia argentina. Se hizo traducir el Himno Argentino y, sobre su música, envuelta en una gran bandera blanca y celeste, improvisó una danza en que simbolizó las luchas de aquel pueblo, en su primer intento de liberación nacional.

Un frenesí se apoderó de los que la vieron. Pero, al otro día, los diarios daban cuenta de la “orgia” y el público de abono se escandalizó. Así fracasó su temporada en Buenos Aires que ella, sin embargo, recordaba con gran amor, por la espontaneidad de aquellas horas.

Poco tiempo antes de su trágica muerte, fué llamada por el gobierno soviético. Allí dejó comenzada y encaminada la obra con que soñó toda su vida: la escuela de danzas para los niños. Si ella pudiera, ahora la vería cumplida. Miles y miles de niños y niñas, hijos de la revolución proletaria, reciben la educación estética que ella ideó.

Volvió. Y una tarde, en una carretera, un trozo de gasa volaba, danzaba, envolviendo su cuello con el ritmo de las vestiduras de la Victoria de Samotracia. El automóvil corría por las carreteras de la Costa Azul. Y esa alada gracia de su cuello la estranguló vertiginosamente, al enredarse en una de las ruedas del coche, como había envuelto vertiginosamente a su alma el torbellino de la música...

Ilustración de Pascual Güida

POR Eduardo Aráoz



NO PUEDO VER MORIR A UNA PALOMETA

YO TAMPOCO USO IMPERMEABLES EN LOS OJOS

MIENTRAS COMEMOS, CONTEMPORICEMOS.

¿QUIERE QUE LE CUENTE EL CUENTO DE LOS SIETE ENANITOS DEL BOSQUE?

TENGO QUE IR A BERLIN A HACERME EMPLOMAR LA MUELA

SILENCIO! CREO QUE NOS ANDAN BUSCANDO

SOLDADOS DE LA NACIONALIDAD. ¡ALERTA! FEDERACIÓN O MUERTE!

ES EL EJERCITO DEL ASIA MENOR

¡CARAMBA! ERAN MAZORQUEROS DE LA EPOCA DE ROSAS.

VAMOS A EXPLORAR

YA LE PODIAN HABER PUESTO BARANDA EN LAS RAMAS

¡EJERCITO! ¡ATAQUEN!

TRAIGO NOTICIAS.

CREO QUE ESTAN EN LA HOSTERIA DEL DIABLO VESTIDO DE GRIS

¿JUGANDO A LOS DADOS?

¡CONG!

¡EJERCITO! ¡ATAQUEN!

VA VIENEN.

¡PLAF!

ME HAN DEJADO PEOR QUE UN BUDIN BARADO CON CLARO DE HUEVO BATIDO

NUNCA ME HE DIVERTIDO TANTO.

ESTAS COSAS NO LAS PENSÓ NI EL MISMO QUEVEDO.

POR AHÍ DEBE ANDAR MOISES HACIENDO BROTAR AGUA DE LAS PIEDRAS

¡PLAF!

ME HAN DEJADO PEOR QUE UN BUDIN BARADO CON CLARO DE HUEVO BATIDO

NUNCA ME HE DIVERTIDO TANTO.

ESTAS COSAS NO LAS PENSÓ NI EL MISMO QUEVEDO.

¡AUUUH!

¡JUA JUA!

¡AUUUUH!

¡AUUUUH!

¡AUUUUH!